

Rodolfo Fierro
“La bestia hermosa”
Ernesto Gámez

Rodolfo Fierro
“La bestia hermosa”
Ernesto Gámez

Rodolfo Fierro “La bvestia hermosa”
Ernesto Gámez

*Todos los derechos reservados por el autor.
Registro en trámite ante la Dirección General
de Derechos de Autor de la SEP*

Edición Digital
Marzo 2010

Creativos7editorial

Río Choix 865

Col. Gral. Antonio Rosales

Culiacán Rosales, Sinaloa, México

C.P 80230

Tel 01667-7521158

e-mail: creativos7editorial@hotmail.com

Diseño editorial

Pablo Reynaldo Pacheco Moreno

Portada

Pablo Reynaldo Pacheco Moreno

Los libros hacen hombres libres.

PRESENTACIÓN

Rodolfo Fierro, “La bestia hermosa”, originario del pueblo de Charay, en el norte del Estado de Sinaloa, fue lugarteniente de Francisco Villa y hombre clave para el “Centauro del Norte” en el fragor de las luchas de la Revolución Mexicana.

La polémica personalidad de “La bestia hermosa” dio pie para que Ernesto Gámez escribiera esta biografía de Rodolfo Fierro que, aparte de reseñarnos sus hazañas en el campo de batalla, supo penetrar en la psicología del ser humano y las circunstancias difíciles que le tocaron vivir.

Hijo de una india de raza pura y de un mestizo, Rodolfo Fierro quizá heredó de esta mezcla una personalidad difícil y de terribles contradicciones, la cual en esta biografía se plasma con la escritura precisa de Ernesto Gámez.

El libro está compuesto de veinticinco capítulos de breve extensión, lo cual hace bastante digerible y amena su lectura donde vemos transcurrir la vida de Rodolfo Fierro desde su nacimiento hasta su trágica muerte en las aguas cenagosas de una laguna cuando se disponía a cumplir una misión más a las órdenes de Francisco Villa.

Un hombre temerario y de valor a toda prueba, Rodolfo Fierro era una pieza estratégica para el “Centauro del Norte”, ya que lo utilizaba para incursiones militares de difícil consecución y de alto riesgo, pero también para crueles ejecuciones de enemigos prisioneros.

Hay dos capítulos de esta obra que pintan muy bien la naturaleza contradictoria de la “Bestia hermosa”, apodo por cierto, según nos da pista el autor, le fue impuesto por un corresponsal de algún medio impreso de la época.

En uno de estos capítulos nos narra, en un escenario macabro, la terrible ejecución de los “colorados”, prisioneros enemigos que pertenecían a las fuerzas maderistas al mando de Pascual Orozco. Rodolfo Fierro fue el encargado de llevar a cabo la matanza, ejecutando a los prisioneros uno por uno.

En otro capítulo más adelante el autor nos narra la ejecución de David Berlanga, a manos de Rodolfo Fierro, de la cual después la “Bestia hermosa” se muestra arrepentido por haber matado a “un buen hombre”. Según el autor, de este crimen nos da cuenta Martín Luis Guzmán en su libro “El Águila y la Serpiente”. Así es el cuadro que pinta a Rodolfo Fierro: por un lado abatido por haber matado a un hombre, y por otro complacido por haber ejecutado a trescientos.

Más allá de toda controversia ética o moral, Rodolfo Fierro siempre manifestó una lealtad a toda prueba hacia la persona de Francisco Villa, es por ello que éste lo defendió hasta de las propias huestes villistas, que más de uno hubiera querido verlo fusilado en el paredón, debido a los excesos que cometía.

Pero aquel 15 de octubre de 1915 no sonó ningún disparo, todo estaba tan tranquilo, sin novedad en la columna del General Fierro. Sin embargo, por una ironía del destino, la muerte lo fue jalando con la lentitud de un martirio chino hasta ser devorado por el fango del pantano.

No sé si esta biografía sea lo suficientemente fiel a Rodolfo Fierro. O quizá la fuerza de su personalidad esté cifrada en su nombre, como lo dice Borges en aquella “Milonga de Jacinto Chiclana”, de la cual a la “Bestia hermosa” le vienen bien estos versos:

“Alto lo veo y cabal,
con el alma comedida,
capaz de no alzar la voz
y de jugarse la vida”.

Lic. Óscar Lara Salazar
Director General de COBAES

PRÓLOGO

Se me ha pedido el frontispicio para esta valiosa obra, *La bestia hermosa o la vida revolucionaria* de Rodolfo Fierro, de mi estimado amigo, el atildado escritor Ernesto Gámez... Entonces, se me ha pedido algo que yo, sinceramente no estoy en posibilidades de dar, un trabajo superhumano para mí, que, cuantitativamente supera las posibilidades de mi capacidad intelectual. Pero, también, para el que escribe se han inventado atrevidos recursos, que si bien es cierto han sido siempre auxiliares fortuitos y muy pobres para los neófitos, al menos proporcionan mañosamente la puerta de salida de muchos que incapaces y tontos, improvisan el cuarto oscuro donde esconden las morbideces de su incultura y de su inutilidad.

Admirador como siempre he sido de los escritores sinaloenses que hacen palpitar de gozo la arteria revolucionaria en los periódicos y en el libro, la profunda obra de Gámez no podía ser para mí sino la esencia vitaminosa, la bíblica fuente de Juvencio de mi encendida y grande predilección.

He leído con arrobamiento *La bestia hermosa o la vida revolucionaria* de Rodolfo Fierro, y, debido a las alturas inaccesibles de biógrafo que en ella alcanza su autor, mi buen amigo Ernesto Gámez, he logrado conocer a conciencia a quien, como quiera que sea, ángel o demonio, debe tanto la causa liberatriz.

Ahora, ya no ignoro cómo, dramáticamente, vino al mundo Rodolfo Fierro en el bramar de huidizos amores en el alegre poblado de Charay; ahora ya no ignoro que don Patricio Robles y doña Venancia, su fiel esposa, dos almas hospitalarias y puras, modelaron a aquel niño inquieto y travieso en su temprana juventud, ahora finalmente, ya no ignoro cómo aquel vástago ignorado, ya crecido como frondoso cedro del Líbano, prestó tan importantes servicios a la gloriosa causa de la Revolución.

Al recorrer una a una ansiosamente las amenas páginas del interesante libro de Ernesto Gámez, se siente tal satisfacción de llenura física, que raras veces se experimenta con otros libros que sobre el mismo tema han sido escritos. Es que los acontecimientos que en él se narran, tienen tal carácter de veracidad, son tan magistralmente descritos y bellos y tienen tan saludable provinciano picor, que hacen despertar de entusiasmo, gritan a las más hondas fibras del corazón.

La bestia hermosa se manifiesta en todos sus actos de la vida, despiadada, implacable y cruel. En el proditorio asesinato de William Benton, especialmente, en el que utilizó científicamente, quintaesenciados, todos sus lombrosianos instintos de chacal, se ve que Rodolfo Fierro se exhibe siniestramente como un ser anormal sediento de sangre y de venganza. En cambio, su machismo se anula y hasta se hace aparecer simpático y humano cuando a través de la historia de Gámez, se ve que este hombre nunca niega, ostenta siempre con gallardía su fidelidad para el General Villa, para quien es toda su lealtad de subordinado, contrariamente a lo que acontece con Benavides y otros muchos de su gente que fueron siempre, para el "Centauro del Norte", espíritus de insidia y de traición.

La vida de Rodolfo Fierro, si bien en algunos aspectos es interesante y pintoresca, compele a la alabanza y al aplauso por sus indiscutibles actos de braveza espartana que ciegan al analizarlos furtivamente, como para evaporar, como para arropar con su denso velo oropelesco sus imperdonables actos de sanguinarismo, tales como aquellos que realizó a sangre fría en la plaza fronteriza de Ciudad Juárez donde arrancó la vida, él en lo personal, a 300 desgraciados prisioneros, actos salvajes que lo denuncian como un perfecto troglodita, para quien, pertenecer a un bando de luchadores equivocados, es el privilegio de hombres descastados, para quienes nada valen la piedad ni las lágrimas, considerándolos en su criterio estrecho, tornadizos hijos de la patria, extranjeros en el propio terruño que los vio nacer.

¿Pero, para qué recordar en este prólogo acontecimientos que por lo insensatos y abracadabrantos sólo deberían ser consignados para solaz de las almas emponzoñadas, en los trágicos libros de Edgar Allan Poe grávidos de virulencia y entintados de pavor?

El alma se amedrenta, el alma se conturba y eleva al espacio azul buscando ansiosa la paz moderadora del infinito. Yo, no hago más que llevarme las manos a los ojos y fingir que estoy viendo a través de las tinieblas a un Ser Todopoderoso que me invita a ser bueno, que me afianza a la vida que yo quisiera libre de meandros pestilenciales y exuberante de follaje en plena sazónada floración.

Aquí, se impone un momento solemne de silencio, una vez que he desgarrado mortajas y arrojado sobre la empalidecida cara de los muertos pulverizaciones de luz, aquí, precisa un momento solemne de silencio, quiero repetir, que sintetice, para los olvidados hermanos caídos en las trincheras, una paupérrima dádiva de recordación.

¡Ay! de aquél que tenga los ojos secos y no pueda el venero de sus tibias lágrimas escanciar!

¡Ay! de aquél que en posesión de su egoísmo criminal no condene, no repulse todos aquellos actos de barbarie que fueron cometidos al calor y en nombre de la revolución! ¡Ay! de aquél!

Pero, me he apartado del camino a seguir y he tomado insensiblemente la vereda opuesta, es decir, por haberme emberengado en elucubraciones sin substancia, hice un viraje equivocado olvidando que la erudita obra del buen amigo Gámez es la que me he propuesto analizar.

Regresando, pues, al punto de partida, al punto que, como exigido temario, pretendí explicar a mi modo y anatematizar los procedimientos atrabiliarios de La bestia hermosa, quiero hacer esta aclaración: Que si mi condenación de Rodolfo Fierro es lapidaria y severa téngase presente que se escribe en los momentos de paz oceánica que gozamos actualmente en toda la

República y tal vez no lo hubiera hecho en aquel tiempo, cuando las fraguas de Vulcano martilleaban en sus yunques, de los mexicanos, el odio y la pasión a toda capacidad.

La vida borrascosa de Rodolfo Fierro, vibrante de coraje y de rencor, es un compendio de episodios paquinescos, vigorosos, rudos y apasionantes. Mientras en algunos se muestra fiel y generoso como “El Rayo de Sinaloa”, en otros es intransigente y déspota, incontrolable. Si pudiéramos bajar a hurtadillas al fondo de su corazón, podríamos encontrar allí en exuberante floración, desde la “sensitiva” candorosa, hasta el cardo de punzantes espinas, todo lo que comprende la fauna tropical. Fusionando, en el crisol de la vida, las extravagancias de este hombre, resulta que, cuantitativamente, tiene, de cordero y fiera, exactamente la mitad.

La trágica muerte de Rodolfo Fierro, La bestia hermosa, tragado violentamente en la vorágine impetuosa de una encenegada laguna, cuando a la vista de sus soldados que le gritaban pretendía vadearla caprichosamente, no es más que la forma ecuánime y justiciera, al decir de los humanistas y medrosos, como el Destino se desquita castigando así, ejemplarmente, las agresividades de sus enemigos en pugna.

Fierro, que en lo más encarnizado de la lucha se halló siempre ocupando los sitios de más peligro;

Fierro, que recorrió toda la República haciendo derroche de acometividad y valentía; Fierro, por último, que fue el alma creadora y palpitante de la invencible División del Norte, cuyo Jefe supremo era el heroico General Villa, sucumbió, ¡quién lo creyera!, víctima de su imprudencia supina, como ya dije, al querer vadear caprichosamente una encenegada laguna en las cercanías de Casas Grandes, del Estado de Chihuahua, tragado en un enloquecido remolino de lodo infecto. No como se imaginaban los supersticiosos: salpicado hasta la pechera en el mar de sangre de sus víctimas inocentes que descuartizó con tanta rabia, ni acribillado a tiros por un enemigo vengador.

Ahora, y aunque Rodolfo Fierro se encuentra ya a la distancia en otro planeta, cabe preguntar si su querido Jefe, “El Centauro del Norte”, y en ocasión de su súbita muerte, no le habrá dicho. “Amiguito: suerte tuviste al fin que no fuiste ‘afusilado’ de espaldas al paredón”.

La historia se ha encargado de recoger los episodios dispersos de este hombre extraordinario y ha correspondido en suerte al prestigiado escritor y psicólogo, Ernesto Gámez, coleccionar estos huérfanos y valiosos “gajos” para forjarlo tan interesante de colorido y sabrosidad regional, para que las juventudes que se inician, sepan cómo se estructuró la nueva patria, cómo, sobre hacinamiento de escombros y de cadáveres, trigarante se paseó la enseña nacional y gloriosamente triunfó la Revolución.

Celso A. y García.

Fruto de un amorío subrepticio

Como a 60 kilómetros del Golfo de California, por la margen izquierda del río de El Fuerte, en el Estado de Sinaloa, está situado el pueblo de Charay. Es un pueblo humilde tendido sobre el corazón del gran valle de El Fuerte, que se oculta a la mirada indiscreta entre altibajos y arboledas y parece como que se agacha sobre el cauce de su río para beber de un sorbo toda su linfa. En este pueblo humilde, en este rincón urbano del norte del estado de Sinaloa, nació Rodolfo Fierro. Fue el fruto de un amorío subrepticio.

Allá por los ochenta del siglo pasado, cuando aún imperaban las rígidas costumbres coloniales, que por ser de tiempos pasados fueron mejores, según la teoría de Jorge Manrique, el insigne poeta español; cuando todavía los escrúpulos morales y religiosos hacían a la gente un tanto ingenua, como afirman los moralistas de hoy, tuvo lugar en este pueblo un idilio amoroso que, dada la humildad de los protagonistas, no alcanzó el honor del escándalo social. De otra manera, las respetables damas lo hubieran acogido con sabrosura y suspicacia y lo hubieran llevado de boca en boca difundándolo como un secreto a voces. Sólo fueron testigos de la avidez y morbosidad de los actores Dios y las sombras noctívagas.

El galán se llamaba Víctor Félix, (quizás vive) de raza mestiza o simplemente “yori”, como titulan los indios a aquél que no participa en la pureza de su sangre. Ella se llamaba Rosa Castro, india tehueca de raza pura, esto es, una “yoreme”.

La Castro vivía en casa de sus patrones. La empresa amorosa de Félix resultaba un tanto difícil porque ahí no podía requerirla de amores; pero como para estas cosas nunca faltan oportunidades supo muy bien aprovecharlas. Cuando la india salía los domingos y hacía compañía a otras indias para ir a la iglesia donde el “maestro” les decía sermones en su lengua y hacían sus procesiones los “pascome”⁽¹⁾ alrededor de la cruz grande que se levanta a corta distancia de la puerta mayor del templo, Félix la seguía con insistencia, le espetaba piropos, le sonreía y en todas formas le demostraba su interés amoroso.

Ora le cantaba “Blanca Flor”, canción india que principia así:

Tósali sehua, musalamachi,
inapo henchí musaule....(2)

O bien esta otra que se titula “Chiquita”:

Jegui, Lichi, góquin ne seie,
Lichi, musalamachi;
Jáchise jiaua, jítase ustia
Ínapo henchí amágnaque...(3)

Hasta que un día los requiebros amorosos de Félix, ablandaron más la voluntad que el corazón de la Castro. (El indio carece de la sensibilidad adecuada para el romanticismo). Y cierta noche, furtivamente, sigilosamente, “cuando callaba todo ser y toda cosa”, cuando la penumbra nocturna tendía su manto inconsútil sobre la quietud hierática del panorama pueblerino, traspuso el umbral hogareño y fue hasta donde el enamorado Félix la esperaba impaciente, desesperado de esperar.

Meses después, apareció en ella la hinchazón abdominal. La señora ama se resistía a creerlo. No había notado antes en la Castro ningún signo de “endemoniamiento”. Sin embargo, así era. La cumplida sirvienta se hallaba en estado grávido.

La bestia hermosa

Por razones de conveniencia y al mismo tiempo de humanitarismo, no la arrojó de casa y se la conservó en servicio, ahora con la complacencia y consideraciones que merecía su estado interesante.

Cumplido el término que la naturaleza fija para la expulsión fetal, la india fue al lecho quejándose de intensos dolores. La patrona entendía de partos y la atendió solícita y eficazmente. Los dolores se sucedían cada vez con mayor intensidad, hasta que al fin, un chillido de criatura rompió el silencio expectante de la casa. Nació un nuevo ser. Pronto la ama, en papel de comadrona, lo cogió con ambas manos y lo llevó a la altura de sus ojos mientras exclamaba: ¡Mírenlo, es hombre!”

El rostro de la india permaneció inmutable. Ni siquiera ese dejo de forzada sonrisa que suele iluminar la cara de la parturienta cuando ha concluido la faena. Nada.

Y el indito que nació entonces como el fruto de un amorío subreptico, en el pueblo de Charay, es el mismo que con su vida motiva las páginas de este libro.

Su madre lo abandona quince días después de nacido

Los días continuaron su procesión infinita, monótonamente indiferentes al destino de los seres y las cosas. En el hogar auspiciador de la familia Fierro (los patronos de la Castro) reinaba un poco de contento por el advenimiento del vástago moreno. El ambiente familiar estaba saturado de un algo así como de alegría y curiosidad. Sólo había allí un ser cuyo corazón palpitaba al ritmo nostálgico de una sensación misteriosa que le robaba el reposo y la calma. Era la madre en dieta. Quizás una cita inaplazable del destino la tornaba impaciente y como un sentenciado que poseído de desesperación computa el tiempo en que habrá de ejecutarse su sentencia, ella contaba los días uno a uno y los contaba hasta el último en que habría de consumarse su fatalidad prefijada.

Uno, dos, tres... ¡quince! Quince días después de aquel en que sus entrañas sufrieron el desgarramiento del parto, fría y serena, resignada y huraña, sin llevar al hijo un ósculo, un mimo, una caricia, algo que perdurara en el recuerdo, traspasó el umbral del hogar acogedor y se ausentó. Salió de la casa y también del pueblo ¿Hacia donde? ¿Por qué causa? Nadie lo supo entonces; nadie lo sabe aún. Sus labios no pronunciaron antes nada que acusara su ausencia. Abandonó a su hijo en el mismo lecho que sus patronos le habían facilitado para su alumbramiento. Después... se perdió para siempre en las borrosidades de una existencia ignorada.

Para la criatura, incipiente fisiológica en ansias de vivir, la ausencia de la madre no tuvo de pronto ninguna consecuencia

física porque su inconciencia infantil no le permitía aún medir la profundidad de su infortunio. Además, el pezón de la madre había sido substituido generosamente por el de la ama y la necesidad del alimento quedaba satisfecha; pero de todas maneras, sucesos de tal naturaleza producen en el subconsciente percusiones que adquieren un estado de latencia e imprimen una huella dura en la embrionaria.

* * *

El hecho en sí, de que la Castro abandonara a su hijo quince días después de nacido, cuando apenas si habían desaparecido quizás los dolores del desgarramiento visceral, en pleno período de lactancia, como a una cosa cualquiera que no es carne de su carne, vida de su vida, no tiene ninguna característica insólita que pame de asombro. La historia está llena de inhumanos infanticidios cometidos en plenitud de conciencia materna. Eso de abandonar un hijo en manos generosas cuando se carece por completo de los medios de subsistencia, es un acto que no debiera merecer el reproche de la sociedad, ni tiene nada de inhumano aún cuando no se compadezca con la nobleza de sentimientos que deben privar en el corazón de una madre. Es un acto que obedece irremisiblemente a la suprema ley de la necesidad. "Necessitas caret lege", dice el proverbio. Tiene más de humano que el que ejecuta la madre que arroja el fruto de sus amoríos al receptáculo de la basura sin más objeto que seguir disfrutando de la estimación de la sociedad.

Quizá sea la Castro acreedora a la exculpante de la necesidad. Posiblemente en lo recóndito de su alma, al fin humana, brilló la luz de una idea sublime: la de procurar para su hijo un porvenir mejor.

No debe de haber escapado a la clarividencia de madre, el hecho de que la sociedad, pese a todos los principios doctrinarios de fraternidad, sea excluyente. Todavía más: dura e intolerante con lo mal nacido que continúa vegetando en el ambiente

La bestia hermosa

cenagoso de su origen. Basta el instinto, ese impulso natural que procede a la razón, para penetrar esta cruel realidad. Sin duda pensó, en un momento de justa autovaloración, que ella era sólo un estorbo en la crianza de su hijo; algo más: un escarnio que enlodaba cualquier ruta futura de su porvenir. Y en la angustia que produce ese estado particular de indecisión cuando choques de asentimientos de contradicción mortifican el alma: en ese estado en que uno no sabe qué hacer y sabe, sin embargo, que algo tiene que hacer, la Castro resolvió privar a su hijo del calor vivificante de su pecho: matarlo, digamos, a la tangibilidad afectiva en aras de un porvenir mejor y se hundió en la tumba del tiempo y la distancia.

Origen de su nombre

Abandonada la criatura quince días después de su nacimiento, quiso la fortuna que la mano generosa de doña Venancia Fierro de Fierro, la señora ama, le prodigara las caricias que la mano de su propia madre le negara: que el pezón de aquélla substituyera, generosamente, al de la india: así fue como también mamó savia de una raza gallarda e inteligente. Su entraña gástrica se nutrió con savia láctea, digamos “de otra clase”.

Si es verdad que en la corriente intermitente del jugo materno se transmiten humores estimulantes de características instintivas, he aquí que dos principios psicológicamente opuestos habrán de influir poderosamente en su destino. Su índole, como síntesis láctea, habrá de resolverse en un complejo difícil: el impulso de dos estímulos contrarios constituirán el valor de su personalidad.

Doña Venancia lo acoge, le prodiga múltiples cuidados y cobra verdadero afecto maternal al indito. Cuenta ahora como un nuevo miembro de la familia Fierro, inconfundible sólo por su fisonomía y ciertas características diferenciales de raza: pero indistinto en la convivencia familiar. Las demostraciones cariñosas que los esposos Fierro prodigaban a sus propios hijos las prodigaban también a él. Una vez confirmada la ausencia definitiva de la india, don Gumersindo y su esposa se hallaron obligados a actuar por propia cuenta para cumplir con los requisitos legales del Registro Civil y el ineludible del sacramento bautismal. ¿Quiénes si no ellos debían apadrinarlos en los Santos Óleos? Siendo un hijo adoptado por ellos, tanta más razón había para ello.

Corría el año de 1882. En Charay no hay manera de cumplir con el requisito cristiano a menos de esperar la visita del cura párroco que solía hacer una vez al año. Existe ahí, ciertamente, una iglesia, mejor dicho, las ruinas de una iglesia que se derrumba carcomida por el peso abrumador de siglo y medio, mas a ella van de ordinario los indígenas a hacer sus prácticas pagano-católicas. En el tiempo a que esta memoria se contrae, la cabecera de la jurisdicción parroquial se hallaba en el pueblo de Mochicahui, distante 15 kilómetros de Charay y hasta allá había que ir a cristianizar a las criaturas que nacían en lugares circunvecinos.

Obligados por las razones que he expuesto, los esposos Fierro se trasladaron al pueblo de Mochicahui y en la pila bautismal de aquella parroquia el cura párroco ratificó en los Santos Óleos la legitimidad de su nombre. Se llamó Rodolfo.

El indito, a quien por origen correspondían los patronímicos de Castro o Félix, guiado por sentimientos de gratitud, perfectamente justificados, usó el de sus benefactores y se llamó entonces Rodolfo Fierro.

Breves noticias acerca de su infancia

Las madres que, como doña Venancia Fierro de Fierro, se han hallado en la necesidad de adoptar un hijo y lo crían al calor vivificante de sus propios senos, aseguran que no existe diferencia afectiva entre éste y el hijo carnal.

En el caso particular de la crianza de Rodolfo, posiblemente los mimos y condescendencias se excedían con él. ¿Cuántas veces la santa señora, pacientemente, amorosamente, cedió a los caprichos de la criatura, sin otro motivo que para evitarle la sensación dolorosa de un par de nalgadas? Para ella, él era su hijo querido; para él, ella era su madre adorada.

Entre los muchos caprichos en que el indito persistía a menudo, uno era el de solicitar la mama más de la cuenta. Se dice que a los tres años de edad era todavía un empedernido mamón y que a los cinco gustaba aún de chupetear, (quizás por un capricho inocente de la infancia que para el psicólogo hubiera dado la clave de una inclinación sibarita) la desjugada mama. En su chapurreo infantil había ideado una forma muy simpática para expresar su gana de comer. Acurrucándose en el regazo de doña Venancia, le decía. "Teta chambre, ma", y la bondadosa señora lo atraía y le alargaba el glanduloso órgano para que el niño pudiera satisfacer su hambre.

Se crió sano y robusto como un toro salvaje y tenía una musculatura hercúlea. Claro que entre la septena de sus hermanos de leche sobresalía por un conjunto de cualidades discriminativas. Sin aludir a aquellas de fisonomía, otras comenzaban a precisarse como motivos de una complicada

psicología emocional. A pesar de su escasa sexena de años, se manifiesta en él la reciedad que hará al hombre, en un momento dado, capaz de poner en rotación todo el caudal de sus pasiones. Lleva en sus deseos el impulso de una fuerte obstinación. Revela indicios de prestancia y magnanimidad. Ni una sola característica mística. Quizás llegue a ser un hombre refinadamente malvado o extremadamente virtuoso. Quizás...

Desde el primer día en que la india se ausentó, los mimos de su "otra" mamá se acrecentaron y así fue desarrollándose su figura rechoncha y morena, colmada de bondades.

Había salido definitivamente de la esfera cenagosa de su origen. Una fuerza misteriosa del destino le trazaba una nueva trayectoria. En lo futuro no sería el indio montaraz e inculto, de aspiraciones mínimas, como aquél de su tribu a quien la profundidad de su tragedia ha convertido en laxo de cuerpo y débil de espíritu. Su madre lo abandonó, pero él no quedó en desamparo porque el calor vivificante de otro regazo lo acogió con ternura y munificencia. Ahora tenía padres que se preocuparían por él. Ya lo habían llevado ante Dios para ungirlo con los Santos Óleos y legitimarle un nombre; luego lo enviarían a la escuela para que su cerebro se nutriera con las proyecciones luminosas del saber; después lo ayudarían a organizarse en el trabajo... de todos modos, le habían dado ya su religión, su idioma y su nombre.

En la escuela y la tragedia de un silabario

Estamos ya en el año de 1889. Fierro ha traspuesto el último peldaño de esa encantadora edad que se titula de la inocencia, porque es plena de pureza y única en la vida en que la malicia y todos esos feos vicios humanos no saturan aún el alma de los niños. Ha traspuesto la edad de la infancia y ahora irrumpe a otra etapa en que las reacciones del medio ambiente comienzan a imprimir en las circunvoluciones cerebrales, las huellas indelebles de la experiencia.

Ha cumplido siete años. La escuela está llamando con el timbre sonoro de la vieja y rota campana. Los chiquillos, como parvada de pajarillos saltarines salen de casa llevando pendientes de sus tiernos hombros los bolsos de kaki en los que guardan sus libros y pizarras. No llevan prisa. En el trayecto se unen a otros chiquillos y menudean los desafíos al juego de canicas. Dondequiera se ponen a jugar a los “hoyitos”, a la “carroza” o a la “polla” y llegan a la escuela con mucho retardo. La maestra los reprende y envía notas de queja a sus papás, pero... ¡todo en vano! Al otro día lo han olvidado y reinciden en su perjudicial pasatiempo.

Cuando llegan a la escuela, los de más edad ocupan sus asientos en relativo orden: abren sus libros de “mantilla” y reanudan la lectura de la recitación que deben aprenderse de memoria:

“A un panal de rica miel
Dos mil moscas acudieron...”

Aprender de memoria era un sistema educativo que quizá se emplee aún por ahí.

Comenzaba la gritería infantil a chocar groseramente contra las paredes de lata de la escuela, enjarradas con lodo, y se difundía en el ámbito a un kilómetro de distancia.

Los más pequeños no pueden acomodarse pronto. Gritan, silban, se pinchan con los pizarrines, chillan y la algarabía se hace hasta que la maestra entra e impone el silencio con un fuerte golpe de regla sobre la desvencijada mesa. “¡Silencio, niños!”, y el silencio se hace más por el efecto de la vibración de los maderos que por la imperativa orden. Pero el efecto pasa pronto y cuando la maestra se ha ausentado, los niños vuelven a la carga con más bríos. La mentora retorna con palidez biliosa provocada por la ira y comienza a distribuir reglazos... Ahora sí, ¡silencitos! y a estudiar...

Los chiquillos abren sus silabarios y se ponen a leer “La casita” en un ritmo que deja mucho que desear. De repente, sale de por allá de uno de los grupos superiores, una voz que hace oportuna consonancia con el sempiterno a-e-i-o-u de La casita del silabario de San Miguel. Les han gritado: “Más sabe el burro que tú”. Los pequeños lectores protestan y con las protestas se hace otra vez el escándalo.

Por fin los niños se aburren en la lectura y sosegadamente comienzan a observar la portada del silabario. Es ella una alegoría de la lucha entre el bien y el mal. Representa al Arcángel Miguel que enarbola agudo tridente en su diestra mano y asume una actitud amenazante contra Luzbel que está tirado de largo bajo su planta, revolviéndose en un esfuerzo inaudito por reincorporarse ¡Dios libre al santo, si Luzbel logra rehacerse!

Para los niños, la bella alegoría tenía simplemente el interés de una riña vulgar. Se trataba, según ellos, de un hombre bicorne rabudo, que yacía en tierra derribado por otro más valiente, alado y armado con una lanza de tres picos. La camorra se hacía entre los chiquillos porque unos asignaban a los otros la impotencia del caído mientras ellos se reservaban la virilidad del vencedor. “¡Tú

eres el de abajo; yo soy el valiente”. Claro que la respuesta se traducía en fieros puñetazos y tras la camorra entraba la maestra descargando reglazos a diestro y siniestro, aconteciendo a todos lo que al diablo con San Miguel.

Fierro figuraba en el conjunto y nunca era extraño a tales pependencias, de las que salía muchas veces bien librado gracias a sus recios puños y a su agresividad congénita.

En cuanto a su intelecto, tenía a su favor un desarrollado sentido de comprensión, esto es una facultad receptiva poco común, razón por la que pronto aprendió a leer y escribir.

Su maestra lo quería bien, a pesar de todo, y le prodigaba esmeradas atenciones porque el indito era “muy sangre liviana”.

Así, pues, pudo cursar hasta el tercer grado de primaria elemental, el más alto que era factible en la escuela de Charay allá por los noventa.

* * *

A propósito de la lucha entre San Miguel y el Diablo, corre por ahí la siguiente leyenda:

Allá en el principio, Luzbel era un ángel de todas las confianzas de Dios. Miguel era un arcángel, especie de Guarda Templo, que indistintamente usaba del tridente o de la espada flamígera en el desempeño de su difícil misión.

Cierta vez, tenía Dios que ocuparse en la formación de los sistemas planetarios y vióse precisado a encargar a Luzbel de la creación de querubines. La operación creativa era muy sencilla: bastaba con meter un dedo en la fuente divina para que surgiera, hecho y derecho, un minúsculo ser alado. Pues bien; Luzbel acometió la empresa y viendo que la operación no requería destreza y era, además, prolífica, resolvió meter dos dedos y dos querubines nacían en vez de uno; después metió tres y terminó metiendo toda la mano. El lector puede imaginar la cantidad de querubines que nacía diariamente. Tantos eran, que formaban ya un ejército bullicioso y alborotado. En estas

condiciones, ni tardo ni perezoso Luzbel resolvió sacar partido de tan ventajosa situación y conspiró contra Dios capitaneando a los querubines para formarse su propio imperio. Claro que Dios había de castigar la desobediencia y malas intenciones del malvado Luzbel condenándolo a ser arrojado del Paraíso y fue Miguel quien recibió la orden de arrojarlo. ¡Como Luzbel no era pieza muy fácil de cobrar, Miguel hubo de luchar con él hasta derribarlo en la forma que muestra la alegoría del silabario.

Los hijos de la gleba

Allá... alejados de la urbe, perdidos en el apiñamiento del caserío pueblerino, siempre alegres, siempre contentos, discurren los hijos de la gleba.

Por las callejas, rectas o zigzagueantes, nimbados por el opaco velo de la polvareda que se alza al tropel de los jamelgos y yuntas, se agitan en distintas direcciones. Unos van entonando las coplas vernáculos del corrido en boga:

“Heraclio Bernal gritaba
En su caballo alazán,
No pierdo las esperanzas
De pasearme en Culiacán...”

Otros silban poseídos de melodiosa inspiración, las suaves notas de una canción romántica, la misma que por la noche arrimados a la ventana, cantaron a la amada de su corazón.

De cuando en cuando se distraen para clavar la acerada puya en el cuarto trasero del manso rumiante o para chasquear el látigo sobre el empolvado lomo del paciente híbrido.

Atrás van los más grandes, los “viejos” hijos de la gleba, que no cantan ni silban y llevan su pensamiento absorto en la solución de los problemas que atañen a la familia o a los negocios.

A poco, la polvareda de las callejas se disipa y el manto reverberante de un sol canicular se tiende inclemente por sobre el caserío pueblerino, que ahora parece adormirse en la quietud de un suave sopor.

Ha pasado la caravana de los sembradores.

Allá a lo lejos, se perciben aún las siluetas como signos cabalísticos que unas veces desaparecen como absorbidas por las sombrías fauces del recodo y otras reaparecen agrandadas por la ficción del espejismo.

Caminan y caminan hasta que al fin irrumpen al barbecho.

Y reanudan la faena, siempre alegres, siempre contentos, tras las manceras de los arados.

* * *

Los sentimientos que privan en el corazón de esta gente son -siempre han sido- muy diferentes a los que alientan los hijos de la urbe.

En la ciudad, en la metrópoli, la cultura y la civilización constituyen el refinamiento social que da el tono y la distinción a la personalidad a costa de la sencillez y de la humildad. Y mientras en la urbe el futuro se resuelve en la brillante y sugestiva perspectiva de un título profesional o de una posición elevada, en el campo se piensa con ahínco en el trabajo físico, en la faena dura y hacia ella los padres inclinan a sus hijos con exigencia, austeros muchas veces. La holgazanería no existe aquí. El refinamiento social choca necesariamente con su género de vida.

En su incansable afán de trabajo, buscan la destreza, la habilidad, el conocimiento práctico en la cotidiana labor.

Satisfechos y orgullosos se muestran los padres cuando ven que sus hijos han aprendido a montar como buenos jinetes y saben domar sus potros cerriles; que saben guiar la vacada, que saben tirar en el surco la simiente que habrá de germinar en frutos vindicadores; y también, ¿por qué no?, cuando ven que los mozuelos empiezan a darse las primeras “remojadas” en el baptisterio de Baco.

Quizás todo eso provenga de un excesivo egoísmo paternal que pretende absorber el destino del hijo para modelarlo a imagen y semejanza de sus mayores. Del mismo modo se condujeron sus abuelos: sus padres se conducen lo mismo: igual

habrán de conducirse ellos. Así es la vida en el campo. Contra ella se deshacen en pedazos los cánones de la alta cultura.

Y, sin embargo, en el agreste solar de esta gente, moran en sencilla y paternal convivencia Pan y Ceres; sobre sus montes circundantes moran también, en alentador atisbo, las hijas de Júpiter -las musas- que dan la inspiración a los poetas y entonan sus cánticos al ritmo sonoro de las arpas eolias. Sobre la aspereza de la gleba se derrama, dulce como miel de abejas, la exquisitez de las geórgicas virgilianas. Y el divino nazareno cuenta a sus discípulos la parábola del sembrador...

¡O amigos, hijos de la gleba, cuán dura es vuestra existencia en la realidad; cuán dulcificada en la ficción.

* * *

Don Gumersindo Fierro, padre putativo de Rodolfo, era de los "viejos" hijos de la gleba.

Cuando sus hijos pasaron por el enjuague de las primeras letras, no pensó en más que procurarles una ocupación y ésta debía ser la del campo, porque estaba en completa consonancia con las actividades a que la familia se había consagrado de generaciones atrás.

Como fruto sagrado de muchos años de ardua lucha y privaciones sin cuenta, había conseguido formar un pequeño patrimonio consistente en la posesión de pequeñas fracciones de terreno labrantío que dedicaba al cultivo de la caña de azúcar y algunas gramíneas y leguminosas. A las goteras del pueblo, por el lado norte, tenía un frondoso naranjal y a continuación, próximo al río, había instalado un trapiche para la elaboración de piloncillo. Creo que todo esto ya no existe más que en el triste recuerdo de las cosas pasadas. Allá iban los hijos de don Gumersindo, jinetes en mansos caballos a iniciarse en las labores agrícolas. Allá iba también Rodolfo, montado en su caballo pinto con la gallardía de un cadete.

"Pinto" era el caballo que don Gumersindo le había designado para su uso particular. Sobre sus lomos aprendió a afianzarse como el mejor jinete. Se decía de él que parecían hechos de una pieza caballo y jinete. Pero si él afinaba su habilidad ecuestre, "Pinto", por lo contrario, cada día progresaba en el arte de las mañas. Llegó a ser un caballo mañoso. Cuando se encabritada, cosa que hacía cada vez que le venía a gana, parecía un navichuelo al garete sobre el encrespado oleaje del océano. Su crinado rabo rabeaba al aire de tal modo que semejaba una espiroqueta. Se retorció como serpiente herida y mordisqueaba a diestro y siniestro hasta que al fin rompía en desenfundada carrera. No bastaba la férrea armadura de la brida para sujetarlo y era necesario emplear la macana para atontarlo a golpes. Sólo así cedía. Sin embargo, "Pinto" y Fierro llegaron a intimar de tal modo, que vinieron a entenderse de una manera maravillosa.

La cuadrilla de novatos no era necesaria para la buena marcha de los negocios. Dicho de otro modo, estorbaba a los trabajadores de verdad. Sus constantes travesuras daban a menudo motivos de queja.

Cuando salían de casa, iban tan en buen orden, mostraban tal compostura, que hacían que la mamá se sintiera satisfecha y exclamara en frases de alabanza: "¡Qué buenos mis hijitos. Así, vayan siempre sin locuras!". Pero los hijitos, una vez que se consideraban a cubierto, ponían vara y espuela a sus pencos y la emprendían, a cual más en vertiginosa carrera. El regreso era siempre el epílogo de una tragedia. Habían reñido. Y la queja de los agraviados era cotidianamente la misma cantinela: "Mamá, Rodolfo me pegó". "Mamá, Rodolfo me hizo respingar el caballo y me tumbó". "Mamá, Rodolfo..." Y la señora, cuando el hecho no revestía gravedad, se empeñaba en corregirlo usando de todos los medios persuasivos, que de otra manera, el látigo desempeñaría su función.

El indito fue siempre muy inclinado a las travesuras; su condición natural era así.

Reanuda sus estudios

Como en estas páginas tengo que unir el nombre de Fierro al de sus hermanos de leche, antes de pasar adelante debo mencionar los nombres de éstos. Eran siete: tres hombres y cuatro mujeres: Juan, Eugenio y David; Venancia, Ladislao, María de Jesús y Francisca.

Corría el año de 1899. Venancia se había desposado con don Patricio Robles, hombre de comodidad, propietario de la hacienda de San Antonio, que está ubicada en la jurisdicción de Ahome por la margen derecha del río Fuerte, como a 40 kilómetros del pueblo de Charay; y deseosa de ayudar a sus hermanos, escribió a su madre sugiriéndole la idea de enviarlos a San Antonio a fin de que continuaran sus estudios en la escuela que habíase establecido allí bajo los auspicios de su esposo. En la carta decía, entre otras cosas, lo siguiente: “manda a los muchachos; aquí pueden estar en la escuela al mismo tiempo que trabajar, don Hipólito es el maestro y se dice que enseña muy bien”.

El tal don Hipólito era un maestro de nacionalidad brasileña apellidado Williams Freire, quizás otrora competente pedagogo; pero que debido a su avanzada edad y dureza de carácter, se había convertido en un aventurero e iba de la “Ceca a la Meca” sin arraigar en ninguna parte. Tal era de caprichudo y lunático, que cuando amanecía de mal talante, resultaba más agrio que el jugo de un limón. No importaba. A don Patricio se lo habían recomendado como un maestro que “sabía enseñar” y con eso bastaba. Protegido y subvencionado por él, había fundado allí

su escuela y en ella se inscribieron los jóvenes de la hacienda y lugares circunvecinos. A ella fueron enviados, atendiendo la invitación de Venancia, Rodolfo y David.

La flamante Escuela funcionó sin interrupción más o menos un año. Uno de tantos días, don Hipólito amaneció con el “santo ladeado” y resolvió abandonar su noble misión pedagógica para unirse a una compañía de saltimbanquis que había levantado allí sus mantas. Las razones que haya tenido para proceder así, sólo él las supo. Por mi parte, me inclino a creer que la conducta irrespetuosa e indisciplinada de los discípulos le fue insoportable, porque, desgraciadamente, la psicología del estudiante se traduce en una idiosincrasia contradictoria: si el maestro es amable, se burlan de él: si es duro, aunque justo, lo odian, sin embargo, hay quien afirma que en esos tiempos el oficio de cirquero era más remunerativo que el de maestro de escuela y que don Hipólito por esa razón se fue.

Enseguida se abrió una nueva escuela bajo la dirección de don Genaro Robles, sobrino de don Patricio, y con él continuaron muchos de los ex-discípulos de Freire, inclusive Fierro.

Tres años permaneció Fierro en San Antonio, estudiando y trabajando a la vez, porque, como su hermana lo había previsto, le fue asignado un pequeño lote de terreno y en su cultivo empleaba peones en tanto que él concurría a la escuela. Después estuvo un poco de tiempo como inquilino de los señores Luque en su hacienda de Bagojo. Por último, resolvió ausentarse en busca de nuevos horizontes, como luego veremos.

En este nuevo período escolar, Fierro pudo ampliar sus conocimientos en algunas ramas de la enseñanza, principalmente en números, para los cuales demostraba aptitudes excepcionales.

En el vaivén tempestuoso de la juventud

No puede decirse que Fierro haya sido de una dedicación entusiasta al estudio, pero tampoco puede negarse que era inteligente y que poseía, además, una capacidad comprensiva muy desarrollada, cualidad que lo ponía en aptitud de asimilar con facilidad cualquier enseñanza. Lo que no admite discusión, es que era perfectamente travieso, juguetón, de condición drolática y mucho de su precioso tiempo lo mal empleaba en urdir travesuras para importunar a amigos y condiscípulos.

Ahora, en lo que respecta a sus aficiones, era tempestuosamente inclinado a las armas y por ellas mostró siempre gran predilección. Sus juegos eran, ordinariamente de índole bélica. Gustaba de representar escenas dramáticas de la historia, entre ellas la que reproducía el cuadro trágico del Cerro de las Campanas en la que el Archiduque Maximiliano y sus generales, Miramón y Mexía, fueron ejecutados la mañana del 19 de junio de 1867. Fierro hacía el reparto de papeles entre sus amigos y ya daba a éste el título del Emperador, a aquél el de Miramón y a éste el de Mexía; por otra parte, a otros daba los de Escobedo, Riva Palacio, Corona etc.: pero él no podía ser otro que Benito Juárez. Tenía siempre especial cuidado de reservarse el papel del vencedor, aspiración, por lo demás muy humana. Claro que el drama se rompía al llegar al sangriento epílogo, porque los artistas se negaban a correr la suerte de los infortunados imperialistas.

Montado en su "Pinto", jamás podía faltarle el sable bajo la acción, ni la pistola al cinto. Se erguía altivo y gallardo sobre los

estribos y más de alguna vez, como una explosión emotiva, lanzó esta frase: "¡Cuando yo sea General!". Desde joven lo sedujo la milicia y hacia ella habría de ir arrastrado por su afición.

Con sus amigos tenía, a veces, extralimitaciones que rayaban en groserías; sin embargo todos lo perdonaban y continuaban dispensándole la estimación de siempre. Quizás esto se debía al efecto de la fuerte corriente magnética de simpatía que irradiaba de su personalidad, ya que nunca se mostraba unilateral y menos ofensivo de intención; por lo contrario, gustaba de que ellos le correspondieran en igual forma y no pocas veces le correspondían con creces sus travesuras.

Una vez, se bañaba en el río en compañía de un grupo de sus amigos. Entre éstos se hallaba Álvaro Vega, su queridísimo e inseparable, dada la circunstancia de que ambos eran novios de dos hermanas y los unía en la amistad este fuerte vínculo de compañerismo. Desnudos como estaban, ocurriósele a Fierro bañar también a "Pinto" y suplicó a Vega con premeditada mala intención, que fuera hasta donde el caballo se hallaba persogado y lo trajera. Vega obedeció. Fue hasta el caballo y lo montó y al llegar a la orilla del agua, Fierro dio de latigazos a "Pinto" y sin que Vega pudiera evitarlo, el animal echó a correr vertiginosamente en dirección de la casa de sus novias a donde tenía costumbre de ir. Vega que iba en "cueros", asíase fuertemente de la crin para no caer; pero cuando vio que irremisiblemente el caballo llegaría a la casa, no esperó más y se arrojó a tierra, con tan mala fortuna, que vino a dar con su desnuda humanidad sobre un hacinamiento de ramas espinosas.

Otra vez, Fierro trabajaba en calidad de inquilino cierta porción de terreno propiedad de los señores Luque en la hacienda de Bagojo, como queda dicho. No tenía ningún cuidado con sus bestias y claro que éstas, aguijoneadas por el hambre, destrozaban el sembradío ajeno. Era para él un modo práctico de mantenerlas sin costo alguno. En vista de que los reclamos no aprovechaban para nada y el daño se repetía noche a noche, Casimiro Luque Jr. resolvió poner fin a la osadía y se apersonó

con Fierro, indicándole a manera de ultimátum, que no quería ya más daño de sus bestias. Fierro mostró desagrado por lo que él juzgaba un atrevimiento de Luque y resolvió hacerle una mala jugada en la primera oportunidad. Así sucedió. Sacó las balas de los seis cartuchos de su pistola y esperó en encrucijada a Luque para ajustarle cuentas por la descortesía de su reclamación. Cuando ambos se hallaron frente a frente; le dijo pistola en mano: “Hombre, Milo, como me has... con eso de las bestias. Ahora me bailas un zapateado o te lleva la...” Luque se sorprendió sobremanera y quedó como petrificado por el susto. Un primer disparo lo hizo volver a la realidad y comenzó a bailar, como maquinalmente impulsado, el zapateado (jarabe) que Fierro le silbaba. Otro disparo y otro, daban a Luque renovadas energías y parecía como que pisaba sobre ascuas en el ritmo del forzado baile, mientras exclamaba suplicante: “No, Rodolfo, estate quieto”. En esto, se percata de que muy próximo se hallaba un descomunal machete clavado al centro de la guardarraya y da un gran salto, lo coge y arremete furioso contra Fierro que ya había agotado la carga de su pistola. Ahora a éste se le va el gozo al pozo y hubo de esquivar los machetazos que le descargaba Luque, con la habilidad de un contorsionista. Ahora él era quien suplicaba: “No, hombre, Milo; déjate de eso; la mía era broma”, pero Luque le contestaba hecho una furia: “Pues la mía no es”. Por fin, las súplicas y disculpas de Fierro lograron serenarlo y tuti contenti, no ha pasado nada; tan amigos como antes. De allí se fueron a tomar unas copas a la Villa de Ahome, meca de la alegría y de los buenos bebedores. El contacto con los ahomenses acabó por afinar sus aficiones.

Ahome es la Villa a que se halla jurisdiccionada la hacienda de San Antonio, como he dicho más arriba y distan la una de la otra alrededor de seis kilómetros. Tan corta distancia y múltiples distracciones que en ella se gozaba, constituían el cebo para que Fierro se hallase constantemente cogido del anzuelo.

Los habitantes de esta Villa se caracterizaban por su modo de ser alegre, abierto, sincero y sobre todo por su gran afición a

la bebida. En el tiempo a que esta memoria se contrae, Ahome era la meca a donde concurrían numerosas caravanas de gente afecta a las solemnidades rumbosas. Las fiestas de junio tenían allí un lucimiento inusitado. Se celebraban invariablemente cada año y a ellas concurrían visitantes de todas partes del estado. Se trataba de una festividad profana derivada de una solemnidad religiosa consagrada a San Antonio, el santo patrono de la Villa y se prolongaban por espacio de quince días. Había carreras de caballos en las que era fama que se cruzaban muy fuertes apuestas: peleas de gallos; juego de ruleta; partidos de baraja; baile público, a donde se daban cita indistintamente, ricos y pobres; en fin, múltiples eran las distracciones y juegos en que la veleidosa suerte daba y quitaba a manos llenas.

Los parranderos, inspirados por el ambiente festivo y animados por los acordes de las bandas y orquestas, ríos, ¿qué digo?, mares de vino se bebían. No llegaron, ciertamente, a imitar a los indios del Pánuco que refiere Bernal Díaz del Castillo, que eran tan borrachos que hasta por el ano se inyectaban la espirituosa bebida para hartarse de ella; pero en cambio, tenían muy curiosas puntadas: cavaban en cualquier parte del suelo una pocita y la llenaban de mezcal; enseguida se ponían a gritar a manera de anuncio: “¡Aquí está el aguaje, vengan a beber”!, y los bebedores se tendían en cuatro pies y bajaban la cabeza para sorber con fruición, exactamente como cualquier cuadrúpedo lo hace.

Todas estas cosas tenían para Fierro la esencia del encanto. En las carreras de caballos y palenques de gallos, se mostraba un fanático; en los partidos de baraja, un émulo de Birján; jugaba a la ruleta; y en el baile corría parejas con Terpsícore. En fin, puede afirmarse en frase vulgar que “tanto coceaba como mordía”.

A su novia la obsequiaba, noche a noche, sendas serenatas; y así, cuando no con un motivo con otro, se pasaba el tiempo entre disipación y dispendio; mas como este género de vida se asemeja a ciertas enfermedades que hacen crisis en determinados ciclos, algo parecido tenía que sucederle.

La bestia hermosa

Desarrollándose en el vaivén tempestuoso de su juventud, pronto se hizo de popularidad y mientras tuvo dinero qué gastar, tuvo también numerosos amigos y claro que se sentía feliz; pero sus reservas económicas no contaban para nada, sobrevinieron las deudas y... la crisis.

En tales condiciones, consciente de su apurada situación, recurrió a Robles, otrora su maestro, y le confesó sus tribulaciones pidiéndole consejo. Robles le contestó de esta guisa: "Hombres como tú, tienen siempre el mundo a su alcance. Estás sano y robusto: eres audaz e inteligente, ¿por qué no has de abrirte paso dónde y como quiera? No temas al mundo". Desde ese momento no pensó sino en emigrar. Era oportuno. Sus acreedores, los músicos y los cantineros, daban muestra de impaciencia y lo buscaban para exigirle el pago de sus deudas. Sus amigos, cuando se dieron cuenta de su insolvencia, terminarían por abandonarlo, porque es en estas condiciones cuando mejor se palpa su inestabilidad, según Catón lo afirma.

"Donec eric felix, multos numerabis amicos,
Tempora si fuerint nubila, solus eris"

Y resolvió irse al mineral de Cananea del Estado de Sonora, que en esos días corría fama de ser algo así como Eldorado de la fábula.

Errando en pos de fortuna

Fierro partió para Cananea en 1902. Cumplía ahora los 20 años. Dos hacía que había muerto don Gumersindo y ya no tenía más limitaciones en la acción que aquella que le imponía su propia voluntad.

Se fue a Cananea como pudo haberse ido a cualquiera otra parte; pero es que él como muchos otros jóvenes que saben que no han de ser profetas en su tierra era atraído por el falso espejismo de la vida fácil, de esa clase de vida que se halla muy bien sintetizada en la siguiente fórmula; “poco trabajo y mucho dinero”. Cananea era la tierra de promisión, emporio de riqueza a donde, según el decir de los enganchadores de braceros, podía cogerse el dinero a manos llenas con muy poco esfuerzo. Una perspectiva halagadora que despertaba la codicia. Se decía de fulano, zutano y mengano, que allí habían enriquecido casi en llegando. Tal vez esto era cierto; faltaba nada más por averiguar la clase de actividades a que se dedicaban. La verdad es, y de Perogrullo, que la dicha de unos pierde a otros, como acierta a decirlo Lope de Vega.

“No mires los ejemplos
De los que van y tornan:
Que a muchos ha perdido
la dicha de los otros”.

Del mismo modo que Fierro, muchos otros jóvenes convergieron al citado mineral sonoreño, con la alegría y la avidez

retratada en sus rostros, palpitando de ansiedad sus corazones. Desgraciadamente, los desengaños, la decepción, son casi siempre el epílogo de estos dramas de la vida que disimulan el natural de su fondo entre silogismos de falso colorido. “No es verdad tanta belleza” y, sin embargo...

De Cananea envía a sus familiares una fotografía. Viste de blanco y entre el moreno de su rostro y el albo de su indumentaria, hay un contraste ligeramente acentuado; por lo demás, la imagen en la totalidad de sus aspectos, se destaca simpática. La proporción física que se resuelve en un conjunto armonioso de lineamientos suaves; la gallardía de su apostura, signo de una masculinidad inequívoca; todo acusa en él la posesión de dotes relevantes. Hay más; a través del aspecto jovial de su rostro, lleva en la expresión un no sé qué que indica claramente la posesión de un espíritu fuerte y viril.

Era miembro del servicio interior de vigilancia en la empresa. Y dada su desmedida afición a las armas, aquel puesto no le ofrecía una perspectiva halagadora, ya que en él no había manera de ascender. No era un adocenado. La inmanencia de fuertes características se resolvía en inquietudes espirituales que hacían que se resolviese en sí mismo y renunciara a aquello que no le satisfacía. Y, en 1905, abandonó Cananea para trasladarse a Hermosillo. Allí sería distinto. Su traslado equivalía indudablemente a un ensanchamiento de horizontes en todos los aspectos de su vida.

Así pues, errando en pos de mejor fortuna, trasponía distancias poseído de una autovalorización superativa. La sociabilidad de su carácter mucho habría de ayudarle para desbrochar sus rutas de ascensión.

Hermosillo: tabor y calvario

A principios de 1905 llegó Fierro a Hermosillo. Iba en circunstancias favorables: la primera, porque llevaba consigo algunas monedas producto de su trabajo en Cananea; la segunda porque desde luego fue objeto de acogedora simpatía de parte de algunas personas influyentes, lo cual le fue de muy significativo valor, como luego veremos.

A Hermosillo llegaba impulsado por la fuerza irresistible de su afición. Bien afirma Virgilio que el hombre corre ciego en pos de la afición que lo arrastra. Allí encontró algunos jóvenes sinaloenses, quienes, como él quizás, corrían la aventura del éxodo, y en el compañerismo de estos jóvenes halló el aliciente de la familiaridad, que tanto alienta cuando se está lejos del hogar y de los suyos. Para mejor suerte suya, vivía allí el señor don José María Paredes, acaudalado comerciante y amigo de los sinaloenses quien le brindó paternal simpatía.

Dispuesto Fierro a seguir la carrera de las armas ocurrió al señor Paredes en solicitud de una recomendación para el general Medina Barrón, jefe de los Cuerpos Rurales del Estado de Sonora y Comandante directo del 27 Cuerpo. Paredes accedió y lo introdujo con Medina Barrón. Sea porque éste quiso dar una prueba de amistad a Paredes o porque Fierro le simpatizó a primera vista, verdad es que lo admitió desde luego en el Cuerpo y lo comisionó en la oficina del Detall.

A medida que fue reconociendo en él la alta virtud de la lealtad, lo hizo objeto de consideraciones especiales. Le permitió montar sus propios caballos; usar sus propias monturas; le confió

comisiones privadas que requerían discreción y talento: en fin depositó en él su confianza y toda consideración y deferencia de su parte, contribuyó a dar realce a la personalidad de su subordinado.

Ahora va arrogante, jinete en brioso corcel a lo largo de la empedrada calle; viste uniforme de gabardina gris claro: el pantalón graciosamente ajustado al contorno de los miembros inferiores, como es de usanza en esta clase de milicia; lleva sombrero charro de fieltro plomo, adornado el cono de su copa con sendas letras de plata en tanto que la ancha falda se enrisca pronunciadamente de atrás y de adelante, dando a su rostro un aspecto de inconfundible marcialidad; lo lleva sujeto a la barbilla con barboquejo de brillante seda y cual campanillas oscilantes rematan la extremidad del cordón dos borlas doradas. El sable va sujeto al cinturón con cadenillas de plata y su vaina despide reflejos luminosos al quebrarse los rayos del sol en la albura metálica. La montura es rica en ornamentos de plata; en fin. El arreo marcial, en su conjunto, le sienta muy bien.

Está en edad núbil y entre sus caras aficiones figura con insólita vehemencia la del amor. Hasta ahora se ha deslizado por la pendiente borrascosa de la vida burdelería; mas, como la posición ha cambiado, justo y necesario es rectificar la ruta. La vida del hogar es la más noble aspiración de todo hombre que se estima a sí mismo, él lo comprende y se dispone a sellar el pasado para inaugurar una nueva etapa en su vida. Formará el hogar.

Vive por ahí una señorita que se asoma al balcón siempre que lo ve pasar. Sin duda siente afecto hacia él y en su manifestación no hay engaño ya que en cosas de amor nada puede permanecer oculto. Es Luz, la hija de don Pedro Decens, acaudalado hombre de negocios de la mejor sociedad hermosillense. Fierro la conoce. Siente también que una fuerte corriente de simpatía lo atrae hacia ella; pero comprende que un gran obstáculo le impide acercarse y declararle su amor. El

plano social en que él vegeta está muy distante de la alta posición social y económica de la familia Decens. Siquiera fuera ya oficial. El oficial es mejor visto y aceptado que el soldado, sin embargo de ser, en muchas ocasiones, más digno que aquél.

A pesar de todo, se decide a poner en juego el caudal de su inteligencia para el logro de sus pretensiones y recurre a su amigo y protector Paredes, confiándole su secreto y pidiendo su parecer. “Amo a Luz y estoy seguro que también ella me ama”: -le dice- pero... “Pero si los dos se aman, ¿entonces qué”; -le contesta Paredes, “Es que... ¿en qué forma cree usted que yo pudiera...?” Paredes lo comprende y le anticipa: “Espera a que yo hable al general”.

Poco después de esta entrevista, Medina Barrón llamó a Fierro y le comunicó su ascenso al grado de Teniente.

Ahora era ya oficial. El grado de Teniente unido al valor físico de su persona equivalía al de general: la sociabilidad de su carácter le ayudó a desentornar puertas que para él antes habían permanecido entornadas y se introdujo hasta donde pudo cortejar libremente a su amada. En poco tiempo la reciprocidad de los cumplidos se manifestó entre ambos como justa y legítima consecuencia de un gran amor. Llegó por fin el día, ese gran día en que el corazón de los amantes palpita más fuerte que nunca, impulsado por una emoción indefinible que lo mismo puede corresponder a la satisfacción del deseo cumplido que a la crisis de una enfermedad del alma. Ese gran día fue el de la boda.

Así fue como la señorita Luz Decens y el Teniente Rodolfo L. Fierro, unieron sus destinos allá por el año de 1906, si mal no recuerdo. Y así fue también como Fierro se encontró, de la noche a la mañana, en una posición de contraste.

Sabía Fierro que el grado en aquella milicia era sólo un privilegio con que su jefe le brindaba en aquella ocasión especial. Era, en otras palabras, un grado “de dedo”. Por consiguiente, no era para él un motivo de engreimiento; mas, como tampoco

tenía necesidad ya de ser un soldado rural para subvenir a sus necesidades, resolvió separarse del servicio y así lo hizo.

La oportunidad que su nueva posición social y económica le proporcionaba, traducíase en sólida base para el futuro de una vida cómoda y fácil. Tenía dinero. Además, el campo de los negocios era amplio y prometedor, que de haber sido un hombre de envergadura adecuada, hubiera progresado en él; pero imbuido de sentimientos de liberalidad, de aventura y derroche, sentimientos que bullían en su ser como una fatalidad de su destino, no lo sedujo ese género de vida. No había sido el interés por el dinero lo que lo indujo a casarse con Luz, sino el grande y sincero amor que sentía por ella. Su nuevo estado no operó en él ningún cambio esencial en su conducta, como a menudo sucede en casos semejante a ciertos hombres de cuna humilde que, al encontrar en la institución matrimonial las ventajas materiales por las cuales habían suspirado, se tornan soberbios, jactanciosos y ridículos. Con Fierro no sucedió igual. Sobrepuesto a la mediocridad por un principio de índole cualitativa, era sincero consigo mismo. Los antecedentes de su origen, que para otro hubieran sido motivo de un complejo de inferioridad, eran para él, que no los desconocía, motivo de orgullo, porque, partiendo del grado primo en la escala de una trayectoria ascendente, todo lo que de allí adelante realizara, era legítima conquista del propio esfuerzo y tanto más meritorio cuanto más elevado.

Hay que decir que el concepto de elevación en él, carecía del valor virtuoso de la santidad. Era un diablo a quien atraía el vértigo de la aventura y los peligros. Lo seducían las acciones arriesgadas, valientes, esas en que la vida ve cara a cara a la muerte y la desprecia.

* * *

Poco tiempo después de casado, hizo una visita a sus familiares; la última de su vida y vino a Charay acompañado de su esposa. Su madre adoptante había muerto. Vivían todos sus hermanos y se posó en casa de Francisca, su hermana menor, esposa del señor Buenaventura Herrán. Como caso particular de esta visita,

recuerdo haberlo visto, un domingo en la mañana, montando un caballo zaino, corto de alzada pero muy brioso y bailador, razón por la cual le llamaban “El chichirihuí”, en alusión al nombre de este sonsonete musical. Iba a una carrera de caballos y lo acompañaba un regular séquito de amigos y parientes.

Charay era entonces el pueblo de las “tacuachadas”. En este ecuestre deporte hallaban la más sana y agradable diversión de su vida.

Fierro vestía ese día a lo catrín. Llevaba traje de casimir gris oscuro a rayas café, si mal no recuerdo; sombrero de fieltro, texano, castor, de varias equis; un pistol, al parecer de buenas “aguas”, sujetábale a la pechera de la camisa finísima corbata de lustroso estampado. Todo en él, desde su rostro hasta su traje, la gallardía de su apostura y cuantos aspectos personales son de tomarse en cuenta, hacían concierto de arrogancia y hermosura, sólo que por esta vez carecía del complemento de la buena cabalgadura, pues como digo, montaba un rocío zaino, corto de alzada aunque brioso.

De las carreras regresó con sus amigos, pero no a casa, sino a la cantina. Había que saciar la sed con vino, porque el agua era un líquido sin sabor, olor, ni color, propia sólo para animales, como dicen los alemanes. Bebieron una copa, luego otra y otra, hasta embriagarse por completo. De la cantina lo condujeron inconsciente a su casa y lo tendieron sobre una cama de correas. Lo vi tendido de largo, congestionado por el alcohol, sudoroso inconsciente, reflejándose a través de su morena epidermis un gran caudal sanguíneo que se arrimaba a la periferia en conmoción violenta. Su esposa y su hermana afanadas en bañarle la frente con agua fresca y su cuñado Herrán, a la vez abanicándole presuroso con un sombrerito “Tetaroba”. La cosa no fue de consecuencias graves. Por la tarde había reaccionado favorablemente. Algunos días después regresó a Hermosillo acompañado de su esposa.

* * *

Fierro parecía saborear la dulzura de la felicidad hogareña. Amaba entrañablemente a su esposa y ella, a juzgar por sus demostraciones afectuosas, solicitud y ternura para con él, indudablemente también lo amaba. En tal concierto de suavidad idílica, su vida pasaba sin interferencias adversas; mas, es cosa del destino que la verdadera felicidad sea efímera. Cuanto más la afinidad, la satisfacción, el amor, el contento, vinculan los corazones, más próxima se halla a malograrse, porque la Fortuna la da a corto plazo y se hace pagar caro por ella. Pronto Fierro debía ser víctima de esta cruel realidad.

Meses después de su regreso de Charay, su esposa colmó la dicha del hogar con el alumbramiento de una encantadora niña. Concedido quedaba el deseado fruto de sus amores; pero... ¡oh, fatalidad!, no se siente bien después del parto; es presa de alta fiebre. Los médicos diagnostican la terrible fiebre puerperal y desesperan de salvarla. Por fin, se pierde toda esperanza y Luz rinde, en prolongada agonía, su tributo a la madre naturaleza, dejando en orfandad a su hija y en prematura viudez a su adorado esposo.

Fierro la lloró inconsolable. En el cariño de su tierna hijita halló el lenitivo a su profunda pena y con él llenó el vacío que por obra del Todopoderoso se había hecho en su corazón. La suerte sin embargo se había cebado con él. Dice el dicho -y es muy cierto- que nunca viene un mal sólo, que casi siempre otro le acompaña igual o peor. A su primera desgracia había de seguirle una segunda de la misma intensidad. Cuatro escasos meses hacía que había perdido a su esposa cuando la niña enfermó de gravedad. Tampoco fue posible salvarla de las garras de la muerte y murió también. Ahora el hombre queda solo. En unos cuantos meses ha experimentado el más grande infortunio de su vida. Por primera vez el dolor ha conmovido todas las fibras de su ser. Dichas, ilusiones, afectos, todo ha quedado desecho.

Después recibió algún dinero como herencia de su esposa y se dedicó, más por atolondramiento que por fe a actividades comerciales. Estableció una casa de Comisiones y, claro que

La bestia hermosa

había de fracasar. A pesar de todo, hay hombres de tal temple, que sienten endurecer su espíritu a golpes de infortunio como el acero a golpes de martillo. Fierro era de esos hombres. Viéndose acosado por la fatalidad, deshecho su hogar por la voluntad del Supremo Hacedor, sin fortuna, condenado al dolor más intenso que sufrirse pueda, no se dobló. Por lo contrario, sus sufrimientos tornáronse en ímpetus de fortaleza atávica. Y audaz, valiente, indómito, se lanzó otra vez al mundo de la aventura, buscando en el tramonto de la distancia, el licor, las mujeres y las impresiones fuertes, el objeto de un nuevo vivir.

¿Y qué mejor oportunidad que la que le brindaba el Ferrocarril Sud Pacífico de México? Se lanzó a la batahola treñera.

El hombre del riel

Fierro ingresó al servicio de la empresa del Ferrocarril Sud Pacífico de México S. A. entre los años 1908 a 1909. Su primer puesto fue el de maneador. Razones escalafonarias exigían comenzar de abajo; mas, como no era un adocenado y siempre estaba dispuesto a poner en acción la energía de sus facultades sobre propósitos de progreso, pronto lo vemos ascender con rapidez.

Toda posición de escasa perspectiva despertaba en él poco interés y se esforzaba en mudarla, si posible era, mucho antes de alcanzar el grado de estancamiento. Su espíritu inquieto revolucionaba en sí mismo, a veces con ímpetus ciclónicos. Subir, alcanzar el más alto grado en actividades de amplios horizontes, era su mayor anhelo. La insignificancia le horrorizaba. Su pensamiento se proyectaba hacia la altura y por eso fue siempre un hombre cabal, que lo que valía lo valía intrínsecamente, sin hipocresías, sin dobleces. Como amigo, pecaba de lealtad; como enemigo, lo era hasta el extremo y de él no podía esperarse misericordia; como servidor, servía cuanto podía; en fin, todo cuanto era, lo era franca y decididamente, totalmente, con toda su alma. El escalafón ferrocarrilero es uno de los que mejor garantiza los derechos de sus servidores, razón por la que a nadie es dable gozar del privilegio de promoción a mayor categoría en perjuicio de mejores derechos. Sin embargo, en poco tiempo Fierro fue ascendido a conductor. Para ello deben de haber concurrido circunstancias especiales.

En primer término, hay que reconocer en su favor, la fuerte corriente de simpatía que a manera de fluido magnético irradiaba

su inconfundible personalidad, cosa que en muchos casos le ayudaba a resolver favorablemente situaciones al parecer difíciles. En segundo término, hay que tomar en cuenta la eficacia de sus servicios. Ante cualquier situación de peligro, su arrojo rayaba en la temeridad, poca cosa era para él trepar, rápido como un felino, por las escalerillas de los coches y poner maneados en los precisos momentos de una inminente catástrofe. En este aspecto, carecía de la noción del peligro, o dicho de otro modo, poseía en alto grado la excelsa virtud del valor personal. Además la clara visión con que abarcaba el conjunto; la serenidad y sangre fría con que calculaba sus actos; la espontaneidad y buena voluntad que siempre manifestaba en su trabajo, etc. hacen el conjunto de dotes eficaces y he aquí la razón por la cual creo que la empresa debe de haberlo promovido a mayor categoría en su empleo.

En los trabajos que la empresa desarrollaba para hacer llegar su paralela hasta la terminal de Guadalajara, se ocupaban millares y millares de empleados. En el tiempo a que esta memoria se contrae, la "Punta de Fierro", esto es, el lugar hasta donde el enriado se hallaba encaminado, que en tal caso "Punta de Fierro" sólo significa un campo trenero de construcción; digo que ésta llegaba más allá de Mazatlán. Tal lugar era pues, un campamento en grandes que semejava un colmenar en confusión por el gentío que constantemente allí se revolvía. En esta clase de trabajos siempre hay gran afluencia de gente que en su mayoría no tiene vínculo contractual con la empresa y va ahí agujoneada por el incentivo de la ganancia fácil. Tahúres de toda laya, fayuqueros, fonderas, músicos y cancionistas y sobre todo rameras, muchas rameras, constituyen la elite pintoresca y trashumante que hace, día a día, noche a noche, su "tripa de mal año". Hay que reconocer, por lo contrario, que toda esta gente, de peor ralea si se quiere, da el solaz, el placer, la distracción y todo cuanto concurre a suavizar la dura labor de los hombres del riel. Es por esta razón que treneros y perdularios se complementan maravillosamente.

Pues bien, en la dicha "Punta de Fierro" se daba cita, generalmente los días de raya, el florilegio trenero y se revolvían en espantosas bacanales; pero lo de "Punta de Fierro" tenía sólo la importancia del volumen, ya que en cualquier otro lugar, donde la ocasión lo permitía, ahí estaba la cáfila en la que descollaban especialmente Rodolfo Fierro y Pancho Serrano, ahítos todos de licor y de placeres sensuales.

En tales condiciones de vida licenciosa, justo es decir que Fierro y compinches andaban muy a menudo "a la cuarta pregunta", faltos de dinero; y para procurárselo recurrían a todas las estratagemas posibles. Cuando más no podían, lo tomaban de algunos que ejercían el negocio de banqueros, con el módico interés de diez centavos por peso a la semana. A menudo "hablaban" a los comisarios o empleados en las tiendas de la compañía. A unos pagaban, a otros no. La estafa era cosa corriente y de buen gusto entre ellos.

Cuentan que Fierro se había especializado de tal modo en la ciencia del "debo no niego, pago no tengo", que había borrado de sus libros a sus acreedores. Esta determinación originó el ilegal pero muy justo proceder de los acreedores. Constituidos en junta, aprovechaban la oportunidad del día de raya y lo atrapaban para quitarle el dinero por la fuerza. A veces lo conseguían, porque, como eran algunos, lo dominaban: pero no se crea que siempre; pues otras veces los dejaba con un palmo de narices. Y claro, después de esta prueba, daba la cuenta por solventada derechosamente

En el tren que corría a su cuidado, ordinariamente tenía acomodo cierto número de turistas "moscas", gente que viaja sin pagar, unas veces por necesidad y otras por conveniencia, aprovechando su amistad o la filantropía del empleado. El proceder de Fierro, en tal caso, ilícito, pero humanitario en parte, y digo en parte, porque completo hubiera sido si nada hubiera cobrado a nadie. No, señores, les "exigía" que le dieran lo que de buena gana quisieran darle, lo que servía para ayudarlo en sus gastos personales.

En la batahola trenera lo sorprendió la Revolución de 1910. No tomó parte en la lucha armada, pero sirvió a ella en la forma en que el ferrocarril la sirvió. En 1912, según uno de sus familiares, se incorporó a las fuerzas de Villa en Parral, Chihuahua, cuando dichas fuerzas combatían el orozquismo; pero según asienta el mismo Villa en sus memorias, fue en 1913 y en Ciudad Jiménez donde se le incorporó Fierro. Sea de un modo o de otro, de entonces lo vemos en el vértigo de la Revolución, un consumado hombre de guerra, valiente, audaz, sanguinario; y así fue como llegó a realizar el sueño dorado de su juventud: ser general.

En la Revolución

En la Revolución, el campo de las armas presenta un aspecto pintoresco por la variedad del conjunto. Hombres de todas las esferas sociales, disímiles en calaña y educación, diversos en los motivos de insurgencia, pobres, ricos, honestos, maleantes, en fin, un conjunto de múltiples matices. Dos razones principales los conjuntan en la acción y polarizan en la voluntad: la fe en el triunfo y la esperanza en la realización de los propósitos. Por lo demás, los fines materiales que persiguen los egoísmos personales que los mueven, difieren notablemente de unos a otros.

Para el objeto de este trabajo biográfico, importa especialmente la apología de las acciones guerreras que tienen en el campo revolucionario y que algunas de ellas, por sus porciones y circunstancias en que se realizan, causan la admiración y despiertan la simpatía populares en pro de los protagonistas, a quienes, en muchas ocasiones, se les apologiza con tonos legendarios en la rapsodia vernácula. Estos son hombres temerarios y audaces hasta más no decir; hombres privilegiados de la fortuna a quienes las mismas balas, quizás desviadas de su recta trayectoria por una mano invisible, respetan la vida.

El culto a la virtud del valor, la primera entre todas, según lo afirma el juicio filosófico de todos los tiempos, nos inclina hacia ellos en términos de admiración pasando por sobre cualquier consideración moral adversa. Por ejemplo, he oído a muchos hombres, que la Revolución cataloga en el plano reaccionario,

admirar el valor personal del general Villa e impregnar en los términos de su admiración la esencia de una viva simpatía. Sus proezas guerreras; sus dotes como organizador; su audacia y tenacidad imponderables; su férrea contextura de milite guerrillero; todo es digno de admirar en él, cuando se le juzga a través de una lente marcial.

Y entre los hombres de guerra, nacidos y creados al calor de la lucha revolucionaria, que la fama ha consagrado en el aspecto en que han sobresalido, se halla Rodolfo Fierro, lugarteniente de Villa, en la famosa División del Norte. Para darnos una idea del valor de Fierro, basten las mismas palabras del general Villa: "... nunca mira los peligros para él, porque su valor no los conoce".

Fierro no fue, en su vida prerevolucionaria, un bandido como lo fue el general Villa, según este mismo lo asienta en sus memorias; pero tenían de común ambos la rara, la excepcional virtud del valor personal.

La forma en que por vez primera vemos acercarse mutuamente a estos dos hombres de bronce, de insólita envergadura la refiere el general Villa en sus memorias como queda dicho, y es como sigue: que a principios de septiembre de 1913, Tomás Urbina regresaba de Durango, plaza que había tomado y saqueado, para unírseles en Ciudad Jiménez y que traía consigo a Rodolfo Fierro. Desde entonces, unidos los hallaremos siempre, en el triunfo y en la derrota, compartiendo glorias y sinsabores en las peripecias de la brega revolucionaria.

En los capítulos siguientes daré a conocer algunos de los más salientes hechos ejecutados por Fierro antes y después del villismo y veremos cómo Marte, dios de la guerra, se muestra propicio con esta clase de hombres que desafían a la muerte a cada paso y los hace sobrevivir a la hecatombe cubriendo su catadura intrépida y bravía, con un escudo invulnerable e intangible, digno de la forja y el martillo de Vulcano.

Es nombrado jefe de guías

De Ciudad Jiménez, Villa ordenó el avance sobre la plaza fuerte de Ciudad Juárez, defendida entonces por fuerzas huertistas y orozquistas confabuladas en causa común.

El ataque se inició el día 15 de noviembre de 1913 con el denuedo y la impetuosidad que caracterizaban a Villa y sus bravos soldados. El plan de ataque prevenía con la mayor precisión posible todos y cada uno de los detalles que es necesario prever en tales casos y que con tanto acierto sabía hacerlo aquel “bandido” surgido de las anfractuosidades serranas de Chihuahua y Durango. Carga sobre carga, sin tregua ni reposo, quebrantaron en unas cuantas horas la resistencia del enemigo y la plaza fue tomada con las consiguientes pérdidas por ambos lados. Fue éste uno de los primeros triunfos de incuestionable importancia para la causa del constitucionalismo, por la posición estratégica adquirida, dado que Ciudad Juárez se halla situada inmediata a la línea divisoria con los Estados Unidos y se facilitaba la introducción de materiales de guerra por esa parte.

Tan confiado estaba el general Villa, tanta era su fe en la toma de la plaza, que hizo caso omiso de su artillería y se adelantó al ataque con solo la infantería y la caballería, dejando aquella inactiva en la retaguardia. Fue hasta después de la toma, ya en posesión de la ciudad, cuando ordenó a Fierro que cogiera unas máquinas y fuera en busca de la artillería.

—Amiguito, coja unas máquinas de allí y enciéndalas, para que vaya en busca de nuestra artillería.

La actividad y energía desplegadas por Fierro en el desempeño de su comisión halagaron sobre manera a Villa y desde luego lo nombró jefe de guías.

Una hazaña muy útil y valerosa

El enemigo destacó, de la ciudad de Chihuahua, con el objeto de recuperar la plaza de Ciudad Juárez, una poderosa columna. Y el día 20 de noviembre, esto es cinco días después de haber sido ocupada por Villa, la dicha columna pernoctaba un poco más allá de la Candelaria.

Muy cerca se encontraba y a Villa faltábale tiempo para organizar debidamente sus tropas. Retardando el enemigo su marcha siquiera un día, tiempo tendría de preparar y salir a darle batalla campal “para llevarlo derrotado rumbo al sur”, según era el plan que Villa intentaba desarrollar. Pero, ¿cómo hacer que la poderosa columna huertista detuviese su marcha el tiempo que el jefe revolucionario necesitaba? Había que intentarlo, de cualquier modo, costara lo que costara.

Lo viable en tales casos, es interponer una pequeña fracción de ejército para que, usando de un ardid ofensivo, se interponga y engañe al enemigo haciéndole perder tiempo. El sacrificio de una pequeña fracción de ejército importa poco cuando la conservación o el triunfo del resto lo exigen. Pero en todo caso, empresas de esta naturaleza requieren audacia, inteligencia y sobre todo, valor a toda prueba. No es cualquiera el jefe indicado para ejecutarlas.

Por las razones indicadas, el general Villa tenía que escoger de entre sus subalternos a aquél que por su capacidad reconocida ofreciera mayores probabilidades de éxito. Y claro que ese hombre tenía que ser Fierro. Ya en ocasión anterior había tenido la oportunidad de aquilatar en él dotes de actividad,

intrepidez y energía, bastantes para el desempeño de cualquier comisión peligrosa. Lo llama y le ordena.

—Muchachito, usted es valiente y ferrocarrilero. Coja una máquina y una escolta y vaya a interponerse entre los enemigos, que ya vienen en mi busca.... Necesito un día más para acabar mi organización y demás providencias que me faltan, y ese día, amiguito, me lo da usted, cueste lo que cueste.

Con una máquina de ferrocarril y una pequeña escolta, no era posible contener el avance de una poderosa columna, así nomás como así. Presentar el embate ofensivo frente a frente, era más que imprudencia: un suicidio; pero en la guerra órdenes son órdenes y al subalterno que la recibe no le queda más remedio que cumplirlas y desde el momento en que las recibe, asume de una manera directa la responsabilidad; es por eso que tiene que poner en juego todos los recursos morales, intelectuales y materiales de que pueda disponer para el buen éxito

Villa había ordenado detener al enemigo, cuando menos un día, porque ese día lo necesitaba él para acabar con organizarse y demás providencias, costara lo que costara. Pues bien: Fierro cogió la máquina y a ella enganchó diez coches vacíos; enseguida nombró su escolta, se hizo acompañar de Martín y emprendió la marcha. Claro que no cometería la imprudencia de ir a meterse en las fauces del lobo y sacrificarse estérilmente él y sus hombres. ¿Qué hizo?

Llegó hasta más allá de la Candelaria, casi a la mano del enemigo. Este, creyendo que se trataba de una ofensiva formal dado el volumen del convoy, comenzó a maniobrar defensivamente y disparó con su artillería. Fierro detuvo su tren y puso fuego a los diez coches; después lo echó a andar y lo soltó a máquina loca... Aquella masa ígnea que más elevaba sus lenguas de fuego cuanto más corría, fue a estrellarse contra los convoyes del enemigo, provocando devastador siniestro y al mismo tiempo el destroz de la vía, que era, precisamente el objetivo principal en los planes de Fierro.

Poco después se presentó a su jefe para informarle que no de un día, sino de varios, podía disponer y le hizo el relato de los hechos.

El general Villa quedó muy complacido y calificó el hecho como “muy útil y valerosa hazaña”.

Y de esta útil y valerosa hazaña de Fierro, se derivó en parte la victoria en la batalla campal de Tierra Blanca, que se refiere en el siguiente capítulo.

La batalla de Tierra Blanca

Como el general Villa lo había previsto, la marcha del enemigo fue embarazada por la hazaña de Fierro. Ahora podía disponer del tiempo necesario para organizarse debidamente y salir a darle batalla, posiblemente en Tierra Blanca, situada no muy distante de Ciudad Juárez.

En los campos de Tierra Blanca, tomaron contacto ambas columnas y se entabló una de las más sangrientas batallas de aquella época.

El día 23 de noviembre dio principio el fuego con la acometida de los constitucionalistas.

De uno u otro bando se luchaba con denuedo y visto el ánimo con que el enemigo resistía, no sólo era de esperarse la prolongación de la lucha. Sino también de dudarse en una decisión favorable a las huestes revolucionarias; pero la efectividad de las caballerías de Villa se puso de manifiesto una vez más, pues que, en el momento preciso, emprendieron su carga arrolladora cayendo como un alud sobre el enemigo y lo dispersaron infligiéndoles una derrota completa.

Huertistas y orozquistas huyeron en desorden trasponiendo la distancia como liebres perseguidas por la jauría. Presas de pánico, el instinto de conservación los impelía al “sálvese quien pueda”. Sólo allá, sobre la vía del ferrocarril, un grupo de fugitivos pretendía llevarse uno de sus trenes. La máquina había empezado a crujir sobre el enriado, moviéndose en retirada. El general Villa no podía consentir en que se le escapase y con la rapidez del caso destacó sobre ella un cuerpo de caballería. Le

doy el grado de general al que me la capture, muchachitos, les grito a sus hombres para estimularlos y los centauros se lanzaron a toda rienda en seguimiento del tren.

Al frente de este cuerpo de caballería, va un hombre que se adelanta tendido como hábil cosaco por el flanco de su caballo; rápido como el viento, avanza y avanza sin que el nutrido fuego que le hacían desde el tren, lograra detenerlo. La lluvia de balas caía mortífera sobre el grupo de perseguidores sin que, por fortuna, ninguna tocara su cuerpo. La máquina había empezado a tomar aviada, y está a punto de escapar, pero el jinete que avanza con la destreza de un llanero solitario, espolea con más fuerza los ijares de su caballo y lo hace correr cuanto el animal puede. Cobra distancia. El hocico del animal ya alcanza la escalerilla trasera del primer coche. ¡Un segundo más! ¡Ya! El jinete ha podido coger una de las varillas que sirven de estribos a la escalerilla para subir al techo y, rápido como un felino, se trepa, se arrastra, rueda como un bolillo, hasta que al fin llega hasta las mangueras y pone viento a los frenos. El tren se inmoviliza.

El hombre que realizaba esta nueva hazaña, era Rodolfo Fierro al frente de su Cuerpo de Guías y una parte de la brigada “Villa”.

Capturado el tren, es para no describirse la suerte que corrieron sus ocupantes. La lucha cuerpo a cuerpo que se trabó entre atacantes y perseguidos, presentaba un aspecto infernal. Aquellos, ebrios de triunfo, herían y mataban sin piedad ni misericordia; éstos derrotados y acosados como fieras, se defendían inconscientemente, inútilmente, cediendo al impulso de su instinto de conservación.

El campo quedó regado de cadáveres. Armas, caballos, artillería, todo fue abandonado por el enemigo. Además, alrededor de 500 prisioneros quedaron en poder de los vencedores, entre los que se encontraban 300 orozquistas o colorados, mote con el que también se les conocía. El general Villa, refiriéndose a la batalla de Tierra Blanca, dice textualmente en sus Memorias: “La matanza resultó espantosa”.

Después de levantar el campo, ordenó Villa la formación de los prisioneros en dos filas: una de colorados, y otra de huertistas. A éstos les ofreció la disyuntiva de incorporársele o retirarse a donde gustaran; mientras a los otros, a los que odiaba con todo el odio que caber pueda en corazón humano, los sentenció a muerte en su totalidad.

¿Y quien si no el “muchachito” Fierro merecía el honor de “afusilarlos”, por lo bien que se había portado en la batalla?

—Venga acá, amiguito. Usted me “afusila” a todos estos jijos de... le ordenó.

Para cualquiera que conozca un poco de historia revolucionaria, no escapará el por qué de ese odio bestial que Villa profesaba a los orozquistas. A continuación voy a relatar el incidente que lo engendró.

Cuando en abril de 1911 fue tomada a sangre y fuego la plaza de Ciudad Juárez, defendida entonces por el general porfirista Juan J. Navarro, Villa y Orozco, con grado de coroneles ambos, comandaban las fuerzas maderistas y fueron los que iniciaron y dirigieron el ataque a la plaza contrariando los deseos del señor Madero a cuyas órdenes inmediatas se hallaban.

Rendida la plaza, el general Navarro se entregó prisionero y fue llevado a presencia de Madero, quien, no solo le perdonó la vida, sino que lo hizo objeto de consideraciones especiales. Este gesto magnánimo del jefe de la Revolución hacia uno de los principales jefes enemigos, disgustó a los coroneles citados y se confabularon para exigir la entrega del prisionero y fusilarlo. Fue Villa, de acuerdo con Orozco, el que se encaró al señor Madero con esa exigencia.

Claro que Madero se había de negar a tales pretenciones y desaprobó en términos enérgicos la actitud de insubordinación asumida por Villa.

Como resultado de todo esto, Villa, resentido con Madero se retiró a la vida privada.

Hechos posteriores vinieron a convencer a Villa de que Orozco estaba, desde entonces en convivencia con los enemigos de la Revolución y en su afán de molestar a Madero, había urdido la intriga de exigir el prisionero y lo había usado a él, a Villa, abusando de su sinceridad y buena fe, como instrumento, quizás previendo arteramente el rompimiento que al fin sobrevino.

Pero en realidad lo que exasperaba a Villa, lo que avivaba cada vez su odio hacia Orozco, era el recuerdo de la actitud hipócrita de éste en los momentos en que él se encaraba al señor Madero con la pretensión justa o injusta, de la cual ambos eran solidariamente responsables. Como Pilatos, Orozco se lavó las manos, dejándolo a él en la peor de las evidencias.

Ahora se encontraban ambos en campos antagónicos, Villa defendiendo la causa que el señor Madero (ya muerto) había iniciado y Orozco combatiéndola. Y el recuerdo de aquella sucia acción, exasperaba a Villa de tal modo, que el “colorado” que caía a sus manos, jefe, oficial o soldado, no le quedaba otra esperanza que encomendarse a Dios, porque no le alcanzaba perdón. De esta manera placíale ejercer represalias contra la felonía de Orozco.

E inspirado por este odio africano, dictó sentencia de muerte contra los 300 “colorados” capturados en la batalla de Tierra Blanca.

La ejecución de “los colorados”

El “afusilamiento” de los trescientos colorados, ejecutado por Fierro en una sola tarde, sin más ayuda que la de su asistente y un tercio de pistolas, es una de esas escenas macabras de asombrosa crueldad. La imagen de aquel cuadro de muerte es de esas que se graban en el alma con huella tan espantosamente profunda, que no es posible borrarla jamás.

Don Martín Luis Guzmán, talentoso historiógrafo revolucionario, al hablar de las proezas que pintan más a fondo a la División del Norte, se le antojan más verídicas y dignas de hacer historia, aquellas “que traían ya, con el toque de la exaltación poética, la revelación tangible de las esencias”. Y refiriéndose a Fierro, asienta: “...¿dónde hallar, pongo por caso, mejor pintura de Rodolfo Fierro (y Fierro y el villismo eran espejos entrepuestos, modos de ser que se reflejaban infinitamente uno en otro) que en el relato que ponía a aquél ante mis ojos, después de una de las últimas batallas, entregado a consumir con fantasía tan cruel como creadora de escenas de muerte, las terribles órdenes de su jefe. Verlo así era como sentir en el alma el roce de una tremenda realidad y conservar después la huella de eso para siempre”.

Los prisioneros fueron llevados, bajo la custodia de fuerte escolta a un corralón que se distribuía en algunos departamentos. En uno de éstos, el más grande, fueron encerrados exactamente como si se tratara de una partida de ganado dispuesta para el recuerdo.

La tarde comenzaba a caer envuelta en opacidades y hálitos invernales. Es la hora en que se ve al general Fierro, montado en brioso corcel y envuelto en fino sarape, salir del cuartel y dirigirse

hacia el corralón acompañado sólo de su asistente. En su rostro no se advierte ningún signo que acuse alteración nerviosa; su expresión es de perfecta naturalidad. Dentro de unas horas más aunará a esa expresión natural, una sonrisa de satisfacción: la satisfacción del deber cumplido.

Había recibido órdenes de su jefe, muy claras y terminantes: “Venga acá, amiguito. Usted me “afusila” a todos estos jijos de...” y a eso iba al corralón, a ejecutar a aquellos trescientos desgraciados, a quienes el amor a la vida quizás conservaría una ráfaga de esperanza.

Llegó y se puso al habla con el jefe de la escolta: después fue a situarse a un departamento inmediato y más pequeño donde se desmontaron él y su asistente; enseguida, éste tendió en el suelo un sarape y vació sobre él todo el parque que traía. Fierro pide la pistola al asistente, la examina y se cerciora de que está en buenas condiciones; examina también las dos suyas y las pone todas sobre el sarape; a continuación procede a la cuenta del parque. Detalle por detalle, no descuida ninguno. Coge una de las pistolas y afina la puntería. En la horqueta de uno de los palos que forman el trapecio para sacar agua de una noria, está muy tranquilo y descuidado un pajarillo. Le apunta, dispara y la avecilla cae al suelo sin vida. La puntería está magnífica como siempre pues desde joven aprendió a tirar con pistola y nunca lo hizo mal. Ahora es necesario que el pulso no falle porque son trescientos cartuchos los que hay que disparar y trescientos los “colorados” que deben morir. De lo contrario...

Cuando llegó y se puso al habla con el jefe de la escolta, lo hizo para fijar a éste la parte que le correspondía en el plan que iba a desarrollar, el cual consistía en la ejecución de los sentenciados en partidas de diez cada una, que serían “echadas” por la puerta interior que daba a otro departamento mediano, inmediato a aquel en que Fierro se hallaba. Este comenzaría a disparar sobre ellos a medida que fueran saliendo y el que lograra escalar el alto estacado que servía de cerco al corral, alcanzando el exterior, ileso, estaba a salvo.

Avanzada la tarde dio principio la matanza, si término más bárbaro no hay para designarla.

La escolta, inmisericorde, comienza a arrearlos con increpaciones duras. Nadie de los sentenciados quiere ser el primero en trasponer la puerta. Se arremolinan, suplican, lloran, gritan. Nada vale. ¡Afuera! Y a culatazo limpio los arrojan, disparando al viento para amedrentarlos.

La primera partida ha salido incompleta. Es de ocho. La indescriptible confusión hizo perder la cuenta. No importa. Ya el número se ajustará en las subsiguientes.

Y da principio la danza macabra con los certeros disparos de Fierro. Ocho disparos nada más y ocho cuerpos tendidos, sin vida, sobre el estercolado piso.

Del mismo modo se van sucediendo las partidas. La última era de doce. La tarde se ha hundido definitivamente: el crespón de la noche comenzaba a vislumbrarse en la lejanía absorbiendo la tristeza vespertina del panorama invernal, y el indefinible rumor de la naturaleza parecía enmudecer ante el horroroso espectáculo de muerte que se cernía sobre aquel desolado campo. La mirilla de la pistola no se percibe bien y el último tiro falla. Se ve a uno de los “colorados” ileso, corre desaforadamente; se ase de la primera estaca que su mano alcanza e inconsciente, como maquinalmente impulsado, la salva de un gran salto y la emprende, más ligero que un ciervo asustado, para ganar el bosquecillo inmediato, uno de los soldados de la escolta percibe allá a lo lejos la borrosa silueta del fugitivo y le dispara con su 30. Erró el tiro. ¡El último de los “colorados” se ha salvado!

Cuando Fierro dio fin a su mortífera empresa, después de haber jalado trescientas veces el gatillo de sus pistolas, tenía el índice ligeramente inflamado y permaneció, durante algunos minutos oprimiéndoselo con su otra mano. Después, ya noche; fue a recogerse bajo la techumbre de un pesebre cercano. Allí ordenó a su asistente que pusiera los “tendidos”, esto es, los sarapes sobre el suelo y, sin un ligero remordimiento, sin un gesto de contracción facial que indicara asco o repugnancia por

la hecatombe que acababa de consumar, se echó en brazos de Morfeo, tranquilamente, en medio del silencio sepulcral de la fría noche.

A eso de la madrugada, lo despertaron los ayes dolorosos de un “colorado” que aún conservaba un átomo de vida. En los estertores de la agonía, el infeliz pedía agua: “Agua, por favor, ay, ay”.. La doliente imploración se repetía y lejos de conmové a La bestia hermosa, le molestaba. Fierro golpeó con su pie en la cabeza del asistente como para despertarlo, ignorando quizás, que éste aparentaba dormir sin deseos de despertar. Al golpe, el subalterno se yergue como maquinalmente impulsado y dice cuadrándose; “¡A sus órdenes, mi gene-ral!” ¿No oyes, —le dice el general— a ese jijo de que no me deja dormir? Pos ya caigo, mi general; —le contesta reticente el asistente. Y el general le ordena: —Anda y dale un tiro en la cabeza para que no siga —. El asistente se dispone a cumplir con la orden, pero el miedo cervical que el apiñamiento de cadáveres le inspira no le permite determinar con exactitud el lugar donde el moribundo yace. Disparó al montón. ¡Nada! Los dolorosos ayes continuaron con voz cada vez más débil por la hemorragia. Al fin, entre el miedo que le inspiraban los cadáveres y el que tenía a su general, resolvió dominar aquél y “haciendo tripas corazón”, como vulgarmente se dice, hizo la búsqueda minuciosamente y en hallando al quejoso, le dio un tiro en la cabeza y todo acabó. Tornó a su jefe con un destello de triunfo en su rostro y se echó nuevamente sobre el duro tendido para continuar aparentando que dormía sin deseos de despertar.

¿Qué hubiera sido del asistente si la molesta exclamación se hubiera escuchado nuevamente? Por fortuna, sólo los hálitos invernales continuaron su monótona sinfonía, saturando de inefable suavidad el hierático silencio de la fría noche. Y de este modo, el general pudo conciliar su sueño hasta otro día por la mañana.

Un gesto de sincera lealtad

En seguida de la toma de la ciudad de Chihuahua envió el general Villa parte de sus brigadas, al mando del general Pánfilo Natera a la toma de la plaza de Ojinaga.

El general Natera no era un elemento perteneciente a la División del Norte y si en esta vez el general Villa le daba el mando de sus brigadas y le confiaba el asedio a una plaza enemiga, era porque, además de ser muy amigos, reconocía en él la necesaria competencia en esta clase de operaciones.

El ataque a la plaza se inició de acuerdo con el plan elaborado por Natera y según el juicio posterior de Villa en relación con dicho plan, no era objetable en ninguna de sus partes. Sin embargo algunos de los generales a sus órdenes resentidos por la distinción de que se le hacía objeto al confiarle el mando supremo en aquella empresa y sintiéndose postergados en sus merecimientos, a la hora del combate no estuvieron a la altura de su deber militar y el plan fracasó, siendo los atacantes rechazados con algunas pérdidas.

El general Villa fue participo del fracaso e inmediatamente se trasladó a aquel lugar para asumir personalmente el mando. Y fue, vio y venció, como César contra Fernaces, rey del Ponto.

Aquella mesnada de fieras acostumbradas a obedecer ciegamente a otra fiera de talla superior cuando ésta rugía no les quedaba más que hacer, que vencer o morir, El general llegó y les dijo sin más preámbulos:

—Muchachitos: hay que lavar la afrenta cueste lo que cueste.

La toma de la plaza fue, entonces, cuestión de un par de horas. Una vez restablecido el orden, Villa regresó a la ciudad de Chihuahua, acompañado de Raúl Madero, Rodolfo Fierro y Luis Aguirre Benavides y el chofer.

Caminaron durante un día y una noche y a medida que se internaban más y más en las escabrosidades de la sierra, Fierro se sintió presa de ciertos temores por el peligro que corría su jefe en aquellos lugares. Así se lo expresó.

—Está bien que nosotros vengamos en este viaje, mi general; pero usted no.

—¿Y por qué nó? —le contestó el general Villa.

Fierro le explica:

—Porque aquí es comarca de muchos colorados”, mi general, los cuales, si como yo imagino, andan ya otra vez capitaneados por Marcelo Caraveo, acaso busquen darnos una sorpresa. Entonces, sin poder nosotros defendernos dentro de esta caja, (automóvil), moriríamos todos y la muerte de usted sería muy grande pérdida para la Revolución.

Dice Villa en sus memorias: “Como yo comprendiera la sinceridad de aquellas palabras, pensé entre mí: este hombre que nunca mira los peligros para él, porque su valor no los conoce, viene pensando ahora en los peligros que yo corro y se aflige por lo que mi vida vale y por lo que sería mi muerte. Queriendo, pues, tranquilizarlo en su buen ánimo, yo le dije: no amigo, a mí no me matará nadie mientras nuestra Revolución no triunfe. Yo protejo la Revolución y como la Revolución es del pueblo, Dios, que tiene fuerza para gobernar los astros que nos alumbran, también la tiene para protegerme a mí. No se aflija y nomás mire las estrellas.

Los temores de Fierro, expresados de esa manera, constituían un gesto de sincera lealtad, lo que comprueba la corriente de simpatía afectiva que lo vinculaba a su jefe y amigo: pero también en la respuesta de éste se nota fácilmente la esencia de un reconocimiento y una reciprocidad evidentes.

Un tiro en la cabeza o muerte de William Benton

William Benton, súbdito inglés, era el dueño de la hacienda de Santa Gertrudis en el estado de Chihuahua. Sabido era que Benton, durante el gobierno de Terrazas, gozaba de consideraciones especiales y al amparo oficial había cometido algunos crímenes por lo que había ganado fama de valiente. Ahora había ayudado a los “colorados” y huertistas y era, manifiestamente, enemigo de la Revolución.

Como castigo a todos sus desmanes, el general Villa ordenó la expropiación de su hacienda, previo pago; pero al mismo tiempo lo condenó a destierro, no sólo del estado de Chihuahua, sino del territorio nacional.

Notificado el inglés, lejos de amilanarse y acatar las determinaciones del general o bien implorar clemencia, resolvió arreglar las cosas de hombre a hombre y vino a presencia de éste para decirle.

—Vengo para que me devuelva mis tierras.

El general Villa le responde.

—Amigo, sus tierras no se las puedo devolver. Pero como no quiero perjudicarlo, más que se lo merezca, porque usted es inglés y no conviene que yo levante conflictos internacionales, voy a darle lo que su hacienda valga, según usted, por ella, que más dinero no le he de dar. Y se me va usted de México y nunca vuelva por aquí.

Sublevado Benton ante la actitud conciliadora del general y considerándose escudado, sin duda, por el “Habeas Corpus” de su nacionalidad, le replica en tono colérico y decidido:

—Yo no vendo mi hacienda a ningún precio, ni soy hombre que se deje robar por un bandido como usted. De modo que ahora mismo va a devolverme lo que me pertenece.

Y diciendo y haciendo, llevó su mano hacia las cachas de su pistola, quizás con el propósito de intimidar a Villa; pero como éste estaba prevenido y era hombre avezado a esta clase de trances fortuitos, apenas Benton hizo ademán cuando ya tenía alrededor del cuello un par de forzudas y musculosas manos. Después de haber sido desarmado, fue puesto bajo la custodia de dos oficiales que estaban presentes.

¿Quién que conociera al general Villa puede aceptar que Benton saliera con vida de aquel atentado? Lo que sucedió fue que, siendo el general afecto, algunas veces, a representar comedias como preludeo de dramas, reservó al inglés para hacer la comedia, que principió así: por la noche mandó llamar a Luis Aguirre Benavides, “Luisito”, quien fungía como secretario particular, para pedirle consejo sobre lo que convenía hacer con Benton. “Luisito” le contestó haciendo una oportuna evasión: Pues... a ver que hace, mi general. Me viene a la imaginación la imagen de un león que, puestas las garras sobre su presa, pide parecer sobre lo que deberá hacer con ella a un ratoncito que está por ahí, ¿Porqué no le pedía consejo a Rodolfo Fierro? Claro que porque éste le aconsejaría lo mismo que él ya tenía pensado hacer; sin embargo, espontáneamente Fierro le dio su parecer en la forma siguiente:

—Mi general, según es mi opinión, con este inglés no caben misericordias. Es malo su pasado. Ha vendido su ayuda a las tropas de Victoriano Huerta. Ha venido a matarlo a usted, ¿Qué espera entonces? Vamos matándolo ahora mismo, mi general, para que de una vez pague la cuenta de sus culpas.

Atento al consejo de su lugarteniente, Villa abandonó la comedia y se plantó de lleno en el drama. Ordenó al mismo Fierro.

—Mire amiguito, llévase a este inglés jijo de... y dele un tiro en la cabeza.

El general niega en sus memorias que él haya ordenado darle un tiro en la cabeza; sólo dijo que lo “afusilara”; pero es muy verosímil que la orden haya sido de aquel tenor, como producto de uno de esos arrebatos en que Villa solía caer a menudo, porque Fierro lo mismo sabía ajustarse a las formalidades de un fusilamiento que dar, sin más trámites, un tiro en la cabeza, según fuesen los términos de la orden de su jefe.

Por la noche del día siguiente, mandó Fierro echar a Benton, esposado, en un cabús de ferrocarril y lo llevó con rumbo de Samalayuca para matarlo. Mandó parar el tren en el lugar que le pareció más adecuado y se bajó con la presa internándose un poco por entre el montecillo próximo a la vía. Por ahí en cualquier lugar ordenó a cuatro soldados que hicieran un hoyo. Bentón observaba atentamente la tarea de los juanes y cuando se dio cuenta de que la daban por terminada, juzgando que el hoyo no era lo suficientemente profundo, le dijo a Fierro con mucha serenidad y sangre fría:

—Oiga amigo; haga el agujero más hondo, porque de éste me sacan los coyotes.

Claro que Fierro había de conceder aquella merced tan justamente pedida. Ordenó a los juanes que siguieran cavando y aprovechando la circunstancia de que Benton observaba el fatídico lugar que habría de guardarlo para siempre se le acercó por la espalda y le dio un tiro en la cabeza. Benton cayó muerto dentro del hoyo. Después no hubo más que hacer que echar tierra para cubrirlo.

Con motivo de este asesinato se suscitó un conflicto internacional, como lo preveía el General Villa, que pudo haber sido de consecuencias desagradables si el gobierno del Centro no hubiera intervenido ajustando el caso a ciertas normas favorables del Derecho Internacional.

El representante norteamericano, a cuya custodia se hallaban los intereses y súbditos ingleses, pidió, por indicaciones del gobierno británico una investigación de los motivos que dieron origen a la muerte de Benton. El general Villa había mandado

arreglar, posteriormente, la documentación comprobatoria a efecto de justificarse; pero, no satisfecho quizás el gobierno de su Majestad con la exhibición documental, pidió la exhumación del cadáver para que se le practicase la autopsia de ley y se entregase a sus familiares. ¡Aquí fueron los aprietos! Se cuenta que el general Villa concibió la idea de acribillar a balazos el cadáver para demostrar el fusilamiento como consecuencia de una sentencia que con los documentos había quedado demostrada: pero el abogado consultor lo advirtió de la inutilidad del procedimiento, ya que los nuevos impactos serían visiblemente estimados en su posteridad. Afortunadamente, el conflicto se solucionó por la vía diplomática y hasta ahí las cosas.

El General Villa afirma en sus Memorias, que vino a conocer en detalle la forma en que había sido muerto Benton, algún tiempo después, porque el mismo Fierro se lo contó, y niega, como he dicho arriba, haber ordenado que se le diera un tiro en la cabeza. ¿Por qué cuando Fierro se lo contó no ordenó su arresto por desobediencia? A pesar de todo, no dudo que Villa haya dicho en su arranque colérico: “dele un tiro en la cabeza a este gringo jijo de...” ¿Qué más daba? El sentido de la ley, las prácticas legales en caso que requerían una acción rápida, eran cosas embarazosas tanto para él como para su lugarteniente Fierro. Si había que matar a un hombre ¿para qué tanta faramalla? Este modo de sentir y de actuar, no es muy raro, que digamos, en hombres de guerra de temperamento exasperado y menos aún en el vórtice de una revolución armada.

No es mi propósito defender ni aprobar actos que desde todo punto de vista moral son acreedores al reproche; pero es que muchas veces la realidad, la dura realidad de las cosas se aparta de la pauta de nuestros sentimientos humanitarios. Los que a distancia del tiempo y de la escena juzgamos los hechos de esos hombres, acostumbrados a aplicar la lógica del espíritu

La bestia hermosa

tranquilo, sereno y los reprobamos en lo que tienen de crueldad; pero más en lo que se apartan de la ley y de la justicia, porque no es lo mismo dar a un prisionero un tiro en la cabeza sin más allá ni más acá, que dárselo ajustado a una sentencia dictada por un jurado previa formación de causa: mas, retrogradándonos por un momento y suponiéndonos actores en la escena como miembros de un ejército irregular, tal y como ellos lo fueron, ¿cómo obraríamos?

Perdonar al enemigo en acción noble y generosa y como teoría del pensamiento es bellísimo; pero, ¿cuál de los jefes militares que poseen un carácter bélico, exasperado, ardoroso, ya no digo del ejército irregular, se ha portado de tan bella y noble manera en la totalidad de los casos? El encarnizamiento es una consecuencia de la lucha misma en que los sentidos de los combatientes se ofuscan de tal modo que los instintos fieros se reflejan por lo menos en la mayor parte de sus actos.

El oro del Banco Minero de Chihuahua

Cuando el general Villa tomó la plaza de Chihuahua, no todos los ricos influyentes huyeron con los huertistas. Algunos permanecieron en la ciudad, confiados tal vez en el ofrecimiento que Villa había hecho de no castigar a nadie con injusticia. Claro que a tal ofrecimiento había de seguir la orden de que debían presentarse y aprontar su ayuda para la causa del pueblo. Y entre los ricos que se quedaron se hallaba el señor Luis Terrazas, otrora gobernador del estado y ahora principal accionista del Banco Minero de Chihuahua.

A un personaje de la significación económica de Terrazas difícilmente podía el general Villa dejarlo tan tranquilo, así nomás por que sí: máxime que se trataba de un enemigo de la Revolución. Si su madura humanidad interesaba para poco, no así su dinero, que en esos momentos tenía la importancia de un maná caído del cielo en las paupérrimas circunstancias por que atravesaba la División del Norte.

En el curso de toda guerra, el dinero y los hombres se complementan de tal modo, que no es posible encontrar la solidaridad y eficacia de éstos sin el concurso de aquél. Bonaparte decía que para el éxito de toda campaña, tres cosas eran esencialmente necesarias, a saber: dinero, dinero y más dinero.

Pues bien, Terrazas fue mandado traer a presencia de Villa. Una vez allí, éste le explica, en términos de persuasión y no menos comedimiento, la precaria situación por que atraviesan sus tropas debido a la muy grande escasez de dinero en que se

hallan; prosigue afirmando su convicción de que Terrazas “tiene que tener dinero” y termina conminándolo a que lo entregue porque es dinero que los pobres le dieron a guardar “para cuando hiciéramos la Revolución”.

“¿Rico yo, señor general?” –le contesta a continuación Terrazas. No, él no era rico; de eso no le quedaba más que la fama. Casas, haciendas, ganados, todo lo había perdido su familia por causa de eso que usted llama Revolución. Tocante a dinero, no quería ni hablar: “Si mil pesos me piden ahora en rescate de mi vida, por mil pesos me ahorcan”.

Fusilar a Terrazas no interesaba al General Villa. Ejecutarlo sin otro motivo que porque negaba tener dinero, cuando el general estaba seguro que lo tenía, hubiera sido más que un crimen, una imprudencia. Su negativa bien podía ser un ardid para explorar el ánimo del general; pero faltaban infinitos recursos para hacerlo confesar. Quizás amedrentándolo, advirtiéndolo del peligro que corría su persona si persistía en negar, sería un método más eficaz.

En esta convicción recurrió Villa a su secretario Luis Benavides, “Luisito”, para que se apersonara con Terrazas y tratara de convencerlo de que más le valía entregar el dinero, porque de lo contrario ponía en peligro su vida.

“Luisito” cumplió con el encargo y falló.

Ahora da el general la comisión a un oficial cuyo nombre se nos escapa y también falló.

¿Qué hacer? ¡Ah! Ahí está el “muchachito” Fierro que quizás sea bueno también para cosas de hombres “leídos”. Lo manda llamar.

—Muchachito, le dice, hable con aquel hombre y convéncalo de su error y no se me presente aquí si no trae razones del dinero.

Como quiera que se haya conducido La bestia hermosa ante el señor Terrazas, lo cierto es que a poco regresó con la razón del dinero.

—Mi General—. Dijo sonriente Fierro, aquí traigo la razón. Dice don Luis Terrazas que dinero no tiene él; pero que sabe dónde lo hay.

—¿Y dónde dice que lo hay? Preguntó con avidez el general Villa.

Fierro contesta.

—En uno de los pilares del Banco Minero. Dice que uno de esos pilares está lleno de oro; pero que él no sabe cuál es, y que si queremos encontrarlo, que lo busquemos, y que si lo hallamos, que tendremos bastante.

No bien había terminado de hablar Fierro, cuando ya el general Villa daba providencias de mandar taladrar los pilares del edificio del Banco.

—Que vayan Raúl Madero y Luisito a hacer el reconocimiento ordenó.

Ciertamente, en la oquedad de uno había un retaque de “hidalgos”. Cuando llevaron el dinero a casa del general Villa, según él mismo lo refiere, ordenó que lo contaran; pero, convencido quizás de la inutilidad de una operación tan dilatada y que para el caso de las “Cuentas del Gran Capitán” le era indiferente, mandó suspender la cuenta cuando habían alcanzado la respetable suma de \$600,000 pesos, quedando un regular montón de monedas de oro sobre la mesa. A continuación invitó a sus generales a entrar a tomar de aquel montón el dinero que creyeran necesario para cubrir sus necesidades más urgentes.

No hay para que decir la forma en que los pilares quedaron agujereados en busca de más “hidalgos”.

El dinero delatado por Terrazas, ahora en manos de Villa y sus generales, llenaba una necesidad tan grande como imperiosa en la estabilidad económica de la División del Norte.

Este caso (el de la influencia persuasiva del general Fierro ante el señor Terrazas) me invita a divagar, aunque superficialmente, por las regiones del espíritu para intentar

enmarcar en consideraciones de breve análisis, la psicología de Fierro. Desde luego afirmo lo que de ella he dicho en otro capítulo, y es que era complicada y difícil. Ahora, ajustándome al método y a la fraseología de Ribot, habré de catalogarla en el grupo que el filósofo francés denomina “complejo”, porque en él se comprende a individuos que participan de la variedad en las características con espontánea flexibilidad. Ora pueden amoldar su conducta moral a la “sensible” y delicada pauta artística, como a la “unificada” del estadista o el directivo.

La psicología de Fierro ofrece, desde luego, una dualidad de “unificación” y de “sensibilidad”. Lo vemos revolverse en la hecatombe revolucionaria, bravo y sanguinario como todos aquellos en quienes coexiste una potencialidad instintiva de crueldad; pero siempre organizador, calculador, sereno y audaz, enérgico en el mando, rápido en la acción. Después lo vemos apacible y cortés, desempeñando una misión persuasiva ante el señor Luis Terrazas, a quien ni la autoridad de Villa, ni las razones de otros oficiales habían convencido para que confesara una cosa que en verdad debe haberle dolido mucho confesar. Fierro lo convence y cuando trae la razón del éxito al general, por sus redondeados belfos deja escapar una suave, perenne e insonora sonrisa; denota en su gestear un no sé qué de humano y atractivo; sus ademanes, su mímica toda es rítmica y espontánea: el hablar meloso y optimista. En fin, estamos en presencia de un fenómeno psicológico de transformación personal que, hablando en léxico comprensivo, nos demuestra la diferencia entre el bárbaro y el civilizado. Hasta aquí vengo suponiendo que Fierro se condujo ante Terrazas como un dechado de finura y de lógica persuasiva, pues así lo aparentan la apacibilidad y la satisfacción de su rostro. Si así fue, habré acertado atribuyéndole espontánea flexibilidad en la variedad de las características. De lo contrario, si su método consistió en suplicios no revelados y Terrazas cedió a la coacción, o si sólo se trató de amenazas que le inspiraron temor bastante para hacerlo confesar, el secreto se quedó con ellos per seculae seculorum y por mi parte anduve miserablemente errado.

Situación comprometida en la que Villa lo defiende

La afinidad de sentimientos y el fraternal compañerismo que vinculaba a estos dos colosos de la Revolución, Villa y Fierro, quienes con su valioso concurso y vigorosa actuación en el campo de las armas contribuyeron decisivamente al derrocamiento del gobierno espúreo de Victoriano Huerta, eran puestos de manifiesto en cada hecho, en cada lugar y en todas las circunstancias. Desde que se unieron por primera vez, unidos los vemos siempre, ora en el triunfo como en la derrota y más de una vez el general Villa hizo profesión de fe en su lugarteniente, a costa de avivar el celo que ya se manifestaba en los demás generales de la División.

En cierta ocasión, un hecho de sangre que a continuación relataré, creó para Fierro una situación comprometida y hasta cierto punto un problema delicado para la disciplina en la División. Fue entonces cuando el general Villa lo defendió y se anticipó con un sentido de profunda clarividencia a hechos que posteriormente tuvieron efecto.

Entre Fierro y el general Eugenio Aguirre Benavides existía de tiempo atrás una mal disimulada enemistad motivada por la muerte de un joven revolucionario de apellido García de la Cadena, amigo de Benavides, a quien Fierro mató en combate singular. Ahora un nuevo hecho de sangre venía a agravar esa enemistad tornándola franca y abierta, pues volvía a matar, también en combate singular, nada menos que a uno de los oficiales de Benavides.

En el entierro de este oficial se hicieron algunas manifestaciones de protesta colectiva contra Fierro. En ellas intervinieron como instigadores y dirigentes algunos generales, inclusive Benavides, cuyo objeto esencial era pedir a Villa el castigo del asesino. El general llamó al orden a su subalternos, pero Benavides se le apersonó y le dijo.

—No es de ley que Rodolfo Fierro coja en abandono a mis oficiales para matarlos a mansalva. Acaba de matarme uno. Yo pido que se le castigue.

¿Qué otro castigo quería Benavides para Fierro que no fuera el de mandarlo fusilar? Pero Villa no mandaría fusilar a Fierro por una ni por muchas muertes y así lo expresó en su respuesta:

—Tal vez tenga usted razón, —comenzó por decirle y terminó por conceder que tal vez Rodolfo Fierro hubiera cometido aquella muerte sin justicia; pero, a la vez juzgaba que de no ser el fusilamiento ¿qué otro castigo debía imponérsele? y concluyó: —No, señor: por una muerte yo no mando fusilar a Rodolfo Fierro sabiendo lo mucho que él hace en las batallas. Además, amiguito, cuando los tiempos cambien y yo tenga que volverme a la sierra, ya verá usted cómo él y sus compañeros se van allá conmigo, mientras usted y sus oficiales me abandonarán.

Profundo conocimiento de la psicología humana el del general Villa; aguda intuición en la estimación de valores individuales; clarividencia innata de realidades que habrían de confirmarse poco tiempo después.

Cuando los tiempos cambiaron y el general Villa tuvo que volverse a la sierra, Rodolfo Fierro y sus compañeros se fueron allá con él, mientras Benavides y sus oficiales lo abandonaron.

Hombre de alta ley

Para muchos comentaristas que han tratado de aquilatar en su justo valor la personalidad de los hombres de bronce que han tomado parte connotadamente en nuestras luchas intestinas, Rodolfo Fierro tiene la significación de una fiera en figura humana. Más benigno y justiciero tenía que ser con él un periodista extranjero cuando le adjudicó el título de Bestia hermosa.

Era, en efecto, un loco vigoroso, cruel; pero nunca un cobarde ni un desleal y menos aún un hipócrita o marrullero en sus decisiones. Fría, serena y francamente, asumía con virilidad la parte de responsabilidad que le correspondía en cada caso.

¿Pero es que tiene responsabilidad el subalterno que ejecuta puntualmente las órdenes de su jefe? Yo creo que no la tiene. Y en el caso concreto de Fierro, sin pretender vindicarlo de las muchas atrocidades que él por propia cuenta cometió, muchas son también por las que se le juzga responsable y sólo son consecuencia inmediata de órdenes expresas de su jefe.

Y no podía ser un cobarde porque era valiente por los cuatro costados; hombre de alta ley, pese al cúmulo de defectos que poseía. ¿En qué lugar o circunstancia cualquiera se le vio ceder cobardemente ante la adversidad? Muchas fueron las batallas en que tomó participación y en todas se portó a la altura del deber militar. El ligero rozón o la profunda herida, no hacían más que enardecerlo.

La cobardía es una característica del asesino vulgar que no obedece más que al imperativo de su conciencia envilecida por el crimen. Fierro no era un asesino vulgar de encrucijada o de felonía. Asesinó o fusiló, cosas que para él eran indistintas,

ya que el fin era el mismo; pero, ¿no son estos hechos la consecuencia lógica de una guerra sin cuartel?, y la Revolución Constitucionalista contra el huertismo, eso era; y la escisión Villa-Carranza, también eso fue: una guerra sin cuartel.

Juzgando desde un ángulo especial los crímenes de Fierro en la Revolución, resultan “hechos necesarios”, máxime si tienen por justificación la muy noble razón del guerrero, que consista en “pegar primero”. En muchos casos, la ferocidad, el relajamiento en la ejecución de los hechos son condiciones que guardan íntima relación con la índole trágica de la guerra.

Esta bien que la guerra debe sujetarse a ciertas leyes de nobleza, caballerosidad y que sé yo que otras cosas de alta moral cumplidas en cierto grado por algunos militares, que en verdad son raros: pero en realidad y en lo general, la guerra obedece a una ley superior, o sea la necesidad de aniquilar al enemigo. Las batallas no se dan con otro objeto. Los fusilamientos no se ordenan para otra cosa. Por eso pues, todos los hombres que intervienen en una guerra justa o injusta, cometen el crimen; pero el crimen mismo de ella. “En la guerra como en la guerra”.

Ahora que estoy diciendo estas cosas me viene a la memoria un hecho del general Felipe Angeles, ese villista tan sereno, ecuánime, justiciero y sobre todo, tan misericordioso con los prisioneros; tanto, que después de una batalla se dedicaba a substraerlos de las manos de Villa o Fierro para salvarlos de una muerte segura. Ese hombre, una vez mandó fusilar a uno de sus soldados a vista de toda la brigada, por el hecho de haber robado a uno de sus compañeros un par de zapatos viejos.

Con lo expuesto no pretendo ocultar la bestialidad de Fierro bajo la túnica del hermanito de Asís. Mi objeto fue el de llamar a las cosas por su verdadero nombre. Ahora, para ser congruente con el título de este capítulo y poner punto final a toda digresión, referiré lo acaecido en la toma de Zacatecas el 23 de junio de 1914, en la cual el general Fierro se revela como un hombre de alta ley.

La bestia hermosa

En lo más encarnizado del combate, una bala lo hirió en una pierna. Herida grave si se juzga por lo copioso de la hemorragia. Quizás para otro que hubiera tenido conciencia de su gravedad, aquella hubiera sido la oportunidad honrosa de abandonar el campo de batalla y recluirse en cualquier puesto de socorros de la retaguardia; pero para Fierro aquello era una pequeñez, un rasguño, algo sin importancia, y continuó combatiendo con ímpetu y coraje.

Por una providencial casualidad, de esas que por ignorar su misteriosa esencia las atribuimos al milagro y que tan importante papel han desempeñado en la novela heroica, porque son esas providenciales casualidades las que salvan al héroe de una muerte segura: por una providencial casualidad, repito, pasó por aquel lugar el general Villa y vio que Fierro estaba herido y que arrojaba mucha sangre por la herida. Al instante comprende el peligro en que se halla y lo conmina a que abandone el frente y vaya en busca de un médico para que lo cure.

Fierro se negó a abandonar la batalla. La herida de su pierna no lo haría retirarse por más que la pérdida de sangre comenzaba a dar a su epidermis un tinte de mortal palidez, y así se lo expresó al general Villa:

—Esta herida no me quita de la batalla, mi general.

Ante la decisión obstinada del herido, cualquier método persuasivo sería de fatales consecuencias por el tiempo que se perdía; así lo comprendió el general Villa y hubo de usar de su autoridad para salvarle la vida. Le dijo:

—Sí, señor; su herida no es de las que se sobrellevan por mucha que sea su ley. Le mando presentarse en este momento delante de los médicos de mi ambulancia para que ellos lo venden, lo acuesten y lo curen. ¿Qué sangre va a quedarle, señor, si así la va regando por estos campos de batalla?

Este hecho pone de relieve su alta ley, esto es, la grandeza de espíritu que lo animaba.

Un ligero remordimiento y la pavesa de un cigarro

Consecuente con mi método narrativo, que consiste en establecer el antecedente histórico en cada caso, quiero, antes de pasar a explicar la razón en que se funda el título del presente capítulo, hablar un poco de las cosas de los revolucionarios allá por el año de 1914 y que sirven, en estrecha relación de acontecimientos, de antecedente al hecho que me ocupa.

Con la toma de la plaza de Zacatecas, realizada en la segunda mitad del mes de junio de 1914, podía darse por aniquilado el poderío de la usurpación huertista. Quedaban, en efecto, plazas en poder del enemigo, pero de poca importancia desde el punto de vista militar y ya comenzaban a rendirse ante la evidencia del triunfo revolucionario.

Lo que amenazaba con esbozos trágicos la victoria, eran las desavenencias entre los jefes principales, quienes desde tiempo atrás se hallaban enemistados; pero hasta ahí habían mantenido la unidad revolucionaria ante el enemigo común.

Los protagonistas en estas desavenencias eran don Venustiano Carranza, Primer Jefe del Ejército Constitucionalista encargado del Poder Ejecutivo y el general Francisco Villa, Jefe de la División del Norte.

Villa se sentía postergado en sus merecimientos y en más de una ocasión, cediendo a impulsos que en él se resolvían en accesos coléricos irrefrenables, había protestado contra el Primer Jefe Carranza con hechos y en términos de insubordinación; mas, ahora que el enemigo estaba derrotado, era la hora de ajustar cuentas para que cada quien ocupase el lugar que le correspondiese.

Algunos jefes militares próximos al señor Carranza, comprendiendo la gravedad de la situación y lo difícil que sería encauzar los postulados sobre un plano de inestabilidad le aconsejaron que convocara a todos los jefes militares con mando de tropa así como a los gobernadores de los estados, a una Convención que tendría como programa resolver, por medio de acuerdos unánimes o mayoritarios, sobre el futuro estable de la causa. Carranza accedió, y a principios de octubre de 1914 inauguró sus labores, en la ciudad de México, la dicha Convención; pero el día 10 del mismo mes, por razones políticas tendientes al mejor éxito de la misma, fue suspendida en la ciudad de México y reanudada en la ciudad de Aguascalientes a donde concurrieron convencionistas en número crecido.

Muchos iban inspirados por la buena fe y pusieron todo lo que estuvo de su parte por hacer de ella un cónclave de avenimiento y de armonía para el bien de la causa; pero, por desgracia, muchos otros también fueron y se condujeron de un modo diferente: no con la intención de conciliar o avenir distanciamientos personales, sino a escudriñar en el ambiente y establecer la suma de probabilidades en una conflagración que le vislumbraba con signos evidentes.

El general Villa concurrió en persona. El señor Carranza por delegación. Total: la Convención de Aguascalientes determinó que debían ser eliminados de sus jefaturas Villa y Carranza para erigir un gobierno sobre los mismos principios convencionistas.

Conforme a la determinación Convencionista quedaban sin efecto los títulos de que gozaban tanto un jefe como el otro y se designó presidente provisional de la República al general Eulalio Gutiérrez; pero el señor Carranza apoyándose no sé en qué motivo desconoció la legalidad de aquel acuerdo de la Convención y después de protestar su inconformidad, se retiró a la ciudad de Veracruz, donde instaló su gobierno.

El general Gutiérrez instaló su gobierno en la ciudad de México y allá se reconcentraron también todos los jefes Convencionistas, entre ellos los generales Villa, con su División

del Norte; Emiliano Zapata con su ejército Auriano; y muchos otros.

¿Cómo pudiera yo describir el aspecto que presentaba la Ciudad de los Palacios en esos días en que parece como que el infierno vaciaba sobre ella su legión de diablos?

Claro que se habían de cometer toda clase de excesos; que se habían de ejercer crueles e injustas represalias contra aquellos elementos prejuzgados como enemigos, puesto que en realidad no existía una fuerza superior capaz de imponer el orden. Uno de los crímenes más reprobables que la cólera de Villa engendró y la mano de Fierro llevó a efecto fue el cometido en la persona de David Berlanga, tan patéticamente historiado por don Martín Luis Guzmán en su libro titulado El Águila y la Serpiente.

David Berlanga era un idealista honrado. La atmósfera de anarquía y abuso en que se revolvía la cáfila armada, lo asqueaba y ponía fuera de quicio. Prorrumpía a cada momento en expresiones de reproche y de censura por los hechos vandálicos que a diario se sucedían.

Un día, Berlanga ocupaba una mesa en el restaurante Sylvain. A su vera estaba otra mesa ocupada por oficiales villistas que bebían y comían en animada charla. Alegre y suavemente se deslizaba el tiempo hasta que el mozo presentó a los oficiales la cuenta de lo consumido; automáticamente el contenido se trocó en disgusto y los milites dieron al mozo una soberana maltratada en lugar del pago. Berlanga observaba atento. No pudo soportar la cólera que le provocó aquella bribonada y se levantó de su asiento como maquinalmente impulsado para decirles cara a cara, resueltamente: “bribones”. Después les habla del escarnio que su mala conducta significa para la causa revolucionaria: los titula de malvados a la hechura de sus jefes, etc. Y sacando a continuación dinero de su propio bolsillo, pagó la cuenta. Los oficiales se sintieron ofendidos y fueron a hacerle el chisme al general Villa, para quien acabárselo de contar y comenzar a arrojar sapos y culebras por la boca, todo fue uno. Llamó enseguida a Rodolfo Fierro y le ordenó:

—Amiguito; vaya usted a buscar a ese jijo de... y me lo “afusila” inmediatamente!

Después agregó: —“Así los voy a aplastar a todos esos jijos de... que me andan molestando”. Y dio una gran patada sobre del piso.

De ninguna manera Fierro se haría repetir la orden, porque tampoco a su jefe le gustaba repetirla. Salió en busca de Berlanga. Lo aprehendió y lo condujo al cuartel de San Cosme donde lo fusiló.

Hasta aquí el relato de la muerte de David Berlanga y el poco de las cosas de los revolucionarios allá por el año de 1914; lo que sigue es la explicación de la razón en que se funda el título del presente capítulo, o sea el valor de la pavesa de un cigarro en el remordimiento del general Fierro.

Al siguiente día del fusilamiento, fue Fierro a la Secretaría de Guerra; fumando un fino puro habanero iba menos contento que otras veces y por el aspecto de su rostro se adivinaba el abatimiento de su ánimo. Para el Sub-Secretario de Guerra, señor Luis Guzmán, la visita de Fierro no tenía nada de novedoso: iba allí tres o cuatro veces por semana en solicitud de dinero, el que le era proporcionado a discreción, porque el general José Isabel Robles, Secretario de Guerra, había ordenado: “A Fierro hay que tenerlo contento a todo costo”. “Era menos costoso que otros afirma Guzmán pues pedía tres o cuatro mil pesos cada vez”.

—¿Cuánto ahora, mi General?— Le dice Guzmán de pronto.

—No; ahora no vengo por dinero—. Le contesta Fierro con un dejo de tristeza.

No iba por dinero en efecto, sino a hacerle la confesión de que la noche anterior había fusilado a David Berlanga. El Sub-Secretario, lleno de asombro, le dice después de oírlo.

—¿A David Berlanga? ¿A ese hombre tan bueno?

Fierro buscaba en la confesión el descargo de su conciencia. Le pesaba haber fusilado a Berlanga y así le contesto:

—Qué quería Ud. que hiciera? El jefe me lo ordenó. Yo no

La bestia hermosa

soy hombre tan malo como se me cree; también tengo corazón.
—Y terminaba con esta frase de admiración para el occiso:
—¡Qué hombre era David Berlanga!

Un detalle, nimio en apariencia, había impresionado hondamente y conmovido toda la psicología de la Bestia hermosa: era por lo que exclamaba: ¡Qué hombre era David Berlanga!

Sucedió que el prisionero iba camino del patíbulo fumando un cigarro habanero y después de ciertos detalles que pudiéramos llamar de última voluntad, que en tales casos se conceden como una merced solicitada, al disponerse ya a sufrir la terrible pena, arrojó el cigarro con la mitad convertida en pavesa y adherida fuertemente al tabaco. No había experimentado la más ligera alteración nerviosa que hiciera caer las cenizas. Y ahora, en circunstancias muy diferentes por cierto de aquellas en que Berlanga se había encontrado la noche anterior, Fierro había andado toda la mañana, fumando finos habaneros sin más objeto que imitar la serenidad de aquél. Todo era en vano. La pavesa de sus cigarros se desprendía a poco de formarse.

Sorprende a Diéguez y toma la ciudad de León por telégrafo

Desde el momento en que el gobierno convencionista se instaló y fue desconocida la máxima autoridad de don Venustiano Carranza es opinión generalizada que debió proceder sin dilación a perseguir a éste donde quiera que se hallase, hasta aniquilarlo. Pudo haberlo hecho.

El día 6 de diciembre de 1914, hacía su entrada el dicho gobierno a la ciudad de México, con un contingente no menor de 50 mil hombres, perfectamente armados y equipados, ansiosos de lucha, pues se trataba de gente avezada a ella. Se organizó a continuación un gran desfile como magnífica ostentación de fuerza, pero inútil fanfarronería. El señor Carranza, mientras tanto, se organizaba convenientemente en Veracruz y de cuanto más tiempo dispusiera mejor: pronto iniciaría la ofensiva, como en efecto sucedió. Por razones que no toca analizar en este libro, el presidente Gutiérrez y el general Villa (Secretario de Guerra en aquel Gabinete) se enemistaron y fue de tal magnitud su disgusto, que cuando Gutiérrez se vio precisado a abandonar la capital, seguido de un ejército de 30 mil hombres al frente del cual iban los generales Novoa, Aguirre, Benavides, Dávila Sánchez, Acosta, Elizondo y otros más, dispositivos con que aún contaba el famoso gobierno convencionista, fueron atacados en San Felipe, Guanajuato, por tropas villistas comandadas por los generales Agustín Estrada, Abel Serratos, los hermanos Cedillo y los hermanos Carrera Torres. Desorganizado de este modo el Primer Gobierno de la Convención y evacuada la Ciudad de México, tomó posesión de ésta el Gral. carrancista Álvaro Obregón, quien a su vez la abandonó a principios de marzo para dirigirse con su

ejército al interior del país. La División del Norte cubría entonces toda la extensión central. Los generales Villa y Obregón, al frente de sus respectivos ejércitos se enfrentan en Celaya y libran los primeros combates los días 6 y 7 de abril. Villa fue rechazado; volvió a la carga nuevamente y se libraron combates los días 13, 14 y 15 del propio mes, siendo definitivamente derrotado. De Celaya se reconcentró Villa a León, Guanajuato, en donde pudo rehacerse y presentar resistencia al enemigo que lo perseguía muy de cerca. Así fue como el día 1ro. de junio dio principio la gran batalla de la Trinidad en la que el general Obregón estuvo a punto de perder la vida y quedó mutilado de un brazo. Villa fue nuevamente derrotado y obligado a retroceder hacia el norte seguido de algunos de sus generales. El principal obstáculo para el avance de la columna constitucionalista quedaba expedito; sin embargo, en duros aprietos se vio con la aparición de Rodolfo Fierro por la retaguardia al frente de 3000 dragones. Esto dio origen a que se rectificaran todos los planes que hasta entonces se habían seguido en la campaña. Cuando Obregón abandonó la plaza de Lagos dejando en ella al general Manuel M. Diéguez y se dirigió a La Encarnación en su marcha hacia el norte, el general Fierro, aprovechando esta circunstancia, sorprendió a Diéguez en un violento asalto que por poco le quita la vida y la plaza. Diéguez fue herido pero la defensa de la plaza no cedió y Fierro fue a situarse a la Estación "Pedrito" entre Lagos y León. En estación "Pedrito" concibió una estratagema que le valió una incuestionable victoria sobre el general Gonzalo Novoa, jefe de la plaza de León y punto estratégico en el aseguramiento de la retaguardia de la columna constitucionalista. Cogió al telegrafista y lo obligó a que dijera al general Novoa, de parte del general Obregón, que abandonara inmediatamente la plaza y se replegara con sus tropas a un lugar que juzgara más seguro. Novoa tragó el anzuelo y fue a situarse hasta la hacienda de los Otates. Fierro, entretanto, hacía su entrada triunfal al frente de sus dragones a la ciudad de León, sin disparar un solo tiro.

La estrella comienza a eclipsarse

Después de las decisivas derrotas de Celaya y la Trinidad, claro que la magnitud esplendente de la estrella del “Centaurio de la Guerra” o el “Napoleón Mexicano”, título con que se honraba a Villa y ensalzaba su grandeza, comenzó a eclipsarse. Pronto llegaría 1a hora de su aniquilamiento total y los enaltecidos títulos habrían de trocarse por el de “Bandido fuera de la Ley”. Así es la vida.

Después de tan grandes descalabros, a Villa y a los suyos no les quedaba otro lugar de refugio que las anfractuosidades de la sierra chihuahuense. Allá estarían en condiciones de defenderse y rehacerse para acometer nuevamente, como otrora lo habían hecho. Así sucedió. Se acogieron, uno tras otro, los restos de la diezmada División del Norte y después de una rápida reorganización, determinó Villa iniciar la campaña por el noroeste. Como le planeó, se hizo, pero su estrella no sólo había comenzado a eclipsarse, sino que descendía rápida a su ocaso. Conforme al plan elaborado por el General Villa, se atacaría primero Agua Prieta, defendida por el general Calles; después Hermosillo y continuar de allí la ruta al sur; pero, desgraciadamente para él, en Hermosillo lo esperaba el general Manuel M. Diéguez con suficiente fuerza para rechazarlo. También estaba allí la columna expedicionaria sinaloense al mando del pundonoroso general Ángel Flores, que pernoctaba en esa plaza después de haber batido en una serie de combates, en los que salió victoriosa, a las huestes maytorenistas que invadían todo el sur del estado de Sonora hasta los límites con el de Sinaloa en connivencia con los villistas. Y en la derrota sufrida en la ciudad de Hermosillo,

encontró el villismo su Waterloo, o mejor dicho, su aniquilamiento como bando militar organizado y dejó, desde entonces, de constituir una seria amenaza para el gobierno que encabezaba el Sr. Carranza.

En el triste ambiente de su adversidad, Villa pudo constatar con dolorosa experiencia, la debilidad del género humano. Muchos de sus generales que antes le habían jurado fidelidad hasta la muerte, lo abandonaron en sus primeros reveses. Sólo la Bestia hermosa, el general Fierro, entre otros pocos, le permanecía fiel como si se tratara de un miembro de su cuerpo dispuesto siempre a ejecutar su voluntad. Ya en ocasión anterior lo había dicho al general Aguirre Benavides: “Además, muchachito, cuando los tiempos cambien y yo tenga que volverme a la sierra, ya verá usted cómo Rodolfo Fierro y sus compañeros se van allá conmigo, mientras que usted y sus oficiales me abandonarán”.

Benavides y sus oficiales también lo abandonaron.

Rodolfo Fierro no tuvo la suerte de asistir a la campaña del noroeste, en la que de buena gana hubiera compartido con su jefe y amigo las peripecias de la lucha. Precisamente cuando se preparaban para la marcha, murió ahogado en una laguna próxima a Casas Grandes.

Quizá por un capricho del destino, habíale sido reservado al segundo elemento, el agua, la obra de su muerte, ya que las balas se habían mostrado temerosas de su vida.

Cómo murió la Bestia hermosa

A Casas Grandes debían reconcentrarse los contingentes villistas diseminados en diversos lugares del estado de Chihuahua, para organizar con la suma de ellos la columna expedicionaria e iniciar la ofensiva.

Conforme al plan elaborado por el general Villa, se atacaría la plaza fuerte de Agua Prieta, defendida por el general Calles, luego se proseguiría el avance sobre la de Hermosillo, para de allí continuar en ruta victoriosa rumbo al sur. Todo se realizaría con la rapidez de una marcha relámpago. Y en tal virtud, el movimiento de concentración de tropas villistas a Casas Grandes se efectuaba sin punto de reposo, día y noche.

El general Fierro, acompañado de una parte de su Estado Mayor y de un civil de nombre Buenaventura Herrán, (que tenía con él el parentesco como cuñado, pues era el esposo de Francisca, hermana de Fierro, como queda dicho en capítulo anterior), se dirigía a Casas Grandes, pero...

Era el 13 de octubre de 1915.

El camino que seguía estaba obstruido por una laguna que en la época de lluvias atesora mucha agua; si no se quiere variar la ruta, es necesario vadearle, cosa que ofrece algunas dificultades.

Arribó a la orilla. Los oficiales de su Estado Mayor que le siguen, son en número de 18. Todos se detienen. La mayoría opina que debe tomarse otro camino porque aquel paso les parece de gran peligro. Fierro desapruueba la opinión de sus compañeros y subalternos y por unos instantes permanece absorto en la vaguedad espaciosa, como queriendo tomar del misterioso arcano la esencia de su inspiración. Luego, resueltamente, les

dice a sus acompañantes: ¡"Miedosos"! y para darles una prueba de su hombría, puso espuelas a su caballo y se introdujo en el agua, seguido inmediatamente de su asistente.

El resto de la comitiva queda entre perpleja y avergonzada, en la orilla. Nadie se atreve a seguirlo. Presentimientos instintivos los apercibe del peligro. Presienten que algo grave habrá de sucederle a su jefe; pero no es posible detenerlo. En su primer intento de disuasión, los trató de miedosos; si insisten...

Ya ha avanzado algunos metros sin contratiempo. Parece que habrá de vadear la laguna felizmente, Camina. . . . camina . . . cuando de repente, se hunde con todo y caballo, como si el líquido elemento hubiese abierto sus informes fauces para tragárselo. Al instante surge y chapotea desesperadamente para ganar la orilla de donde partiera. El caballo ganó la orilla opuesta. El asistente pasó sin novedad.

Cuando todos advierten que el general tiene los ojos enrojecidos y la respiración agitada, le suplican, le ruegan que no insista en pasar por allí: pero él no obedece ni a súplicas ni a ruegos; se muestra inconsecuente aun con su cuñado y compañero Herrán con quien siempre se había mostrado condescendiente, y montando otro caballo que quitó a uno de los oficiales, se introduce de nuevo.

No había de pasar la laguna por mucha que fuera su ley. Allí estaba el fin de su existencia; ya el destino había trazado la última raya de la cual no hay quien pase.

Ya ha avanzado otra vez algunos metros, pero al llegar al fatídico lugar, se hundió nuevamente y esta vez para quedar en la profundidad del agua, hasta que la habilidad de un buzo lo extrajo hecho un cadáver.

Sus acompañantes, que lo habían observado sin poderlo auxiliar, cuando vieron que no surgió y se convencieron de su desaparición definitiva, estuvieron algunos minutos petrificados, sin proferir palabra. Quizás en la mente de todos se planteaban la misma problemática interrogación: ¿Qué hacer? Por fin, repuestos un poco, su primera idea fue la de rescatar el cadáver

y tres de los oficiales se prepararon para introducirse a la laguna con ese fin; pero hubo alguien que los disuadió, porque, según él, convenía ante todo participar la desgracia al general Villa, que se encontraba en Casas Grandes, para que éste ordenara lo conducente. Esta idea prevaleció, y era en el sentir de todos, la más prudente; pero. . . ¿Quién va a participarle la desgracia al general Villa? De los milites, ninguno quiso ir por temor de que Villa los mande fusilar. Temían y con justa razón, que al sorprenderlo con la noticia, fuera presa de aquellos arrebatos que lo ponían fuera de quicio y en tal estado de ánimo era capaz de mandarlos fusilar a todos. Debía ir don Buenaventura, al fin él era un civil y además, familiar del extinto.

Herrán llevó la infausta noticia al general Villa a Casas Grandes. Este no fue presa de ningún arrebato, pero dejó traslucir evidentemente el pesar que lo embargó.

Al instante se trasladó al lugar del suceso y al llegar dijo: “Quiubo, que pasa aquí”. Herrán le hace el relato y él llora, llora como un niño; mas después de enjugar sus lágrimas, exclamó. “Nadie del mundo pudo quitarle la vida a Fierro y este charco desgraciado se la quitó”. A continuación, dijo: “Yo sé nadar” y se desmontó para desnudarse e intentar el rescate del cuerpo de su lugarteniente; pero algunos de sus generales se interpusieron y lo disuadieron. Después siguió diciendo: “Una vez catorce generales de mi División me pidieron que lo echara fuera y yo les dije que no, porque Fierro me era fiel y de todas mis confianzas. Ahora sí me cortaron el pie de la navaja”.

Uno de los generales acompañantes de Villa, anegado en llanto y presa de una excitación nerviosa, desenfundó su pistola y apuntando con ella a los oficiales del Estado Mayor de Fierro, les dijo: “Ustedes mataron a mi hermano”. Los oficiales, medio atolondrados, le respondieron: “No, mi general: pregúntele a don Ventura, él le dirá la verdad”. Villa llamó al orden a su subaltero.

El general Villa extendió una orden por escrito para que el señor Buenaventura Herrán y los 18 oficiales, permanecieran en la laguna y vigilaran de día y de noche hasta que apareciera

el cuerpo, debiendo rendirle parte de novedades, durante tres veces al día, a Casas Grandes.

Dos días después, esto es, el 15, regresó el general a la laguna con el propósito de mandar tirar cohetes de dinamita en el lugar donde Fierro se ahogó para ver si de ese modo podía verse aunque fuera un fragmento de su cuerpo. Alguien le hace la observación de que los cohetes van a destrozar el dadáver, pero Villa insiste y le contesta: “Amiguito, de todos modos estamos perdidos; yo quiero ver algún fragmento de Fierro”. Le ordenó a un soldado que arrojara los cohetes en el preciso lugar que le indicara y uno a uno, tres explosivos fueron tirados al agua que estallaron con una detonación que hizo retumbar la tierra en varios kilómetros alrededor. Nada se aprovechó. Sobre la superficie se veían solamente las negras manchas de cieno que la fuerza de la dinamita había desprendido del fondo. Después de esta fallida tentativa, el general Villa se retiró notablemente contrariado e hizo publicar la oferta de \$ 500.00 para quien rescatara el cadáver.

El día 18, se presentó nuevamente el general, para dictar, según él, su última providencia. “Vengo —dijo— por última vez y les recomiendo no abandonar este lugar. Tarde o temprano tiene que flotar el cuerpo y si se encuentra en estado de descomposición, lo entierran en Casas Grandes y si es de lo contrario, lo llevan a Chihuahua y le dan sepultura junto a mi hermano Antonio. En seguida reordena al general Ochoa (no estoy bien cierto se se llamaba Manuel) jefe de la plaza de Casas Grandes que diera a Herrán toda clase de facilidades para que pudiera cumplir su encargo.

Ese mismo día, como a la una de la tarde llegaron a la laguna seis japoneses, atraídos por la oferta de Villa y solicitaron permiso para iniciar la búsqueda del cuerpo. Se les concedió. Dos de ellos se desnudaron y comenzaron a bucear. No encontraron nada. Después ataron a la extremidad de una soga un garfio de hierro y lo comenzaron a arrastrar por las profundidades. De pronto, el garfio se detiene enganchado en algo de blandura muscular; tiran de la soga y, en efecto, enarbolan el cuerpo de

un ahogado. Lo llevan a tierra y los "japas" sonríen satisfechos porque juzgan coronada de éxito su empresa. Se han llevado un gran chasco, pues el cuerpo no es el del general Fierro, sino el de un sargento que se ahogó mas o menos tres horas después de aquél.

El caso de este sargento estuvo así.

Caminaba del lado opuesto, a caballo, dispuesto a vadear la laguna, cuando los oficiales que vigilan se dan cuenta de que se metió en el agua, comenzaron a gritarle para advertirlo del peligro: pero él, quizás porque no los oyó o simplemente no quiso atenderlos, continuó la marcha, con tan tales resultados que ya próximo al lugar donde Fierro se había ahogado, se fue a pique. Se le vio zambullirse y surgir varias veces, chapoteando desesperadamente, hasta que al fin no salió más, sino hasta ahora que el garfio lo había enganchado de sus ropas.

Debo de consignar aquí, que cuando se ahogó este sargento, fue avisado el general Villa y vino a la laguna ordenando, como primera providencia, que se pusieran letreros a ambos lados del camino con la siguiente inscripción: NO HAY PASO. Preguntó a los vecinos allí reunidos que si la tal laguna estaba encantada o había algún animal en su fondo. Le contestaron que nada de eso había, que lo que pasaba era que con las lluvias las corrientes formaban un canal muy hondo y que el piso era muy blando, compuesto de limo pegajoso.

Los japoneses, al cerciorarse de que el cadáver no era el de Fierro, reanudaron la búsqueda y con buen éxito, por cierto; porque al poco tiempo enarbolaron otro cuerpo, Este sí era el buscado. Al conducirlo a tierra, uno de los japoneses lo despojó de finísima daga que portaba en funda sobrecocida a la de la pistola; pero Herrán, que era todo ojos en aquellos momentos, advirtió el despojo y le gritó: "Oye; no le quites nada". Fue restituido el acero. Ya que el cuerpo estuvo en tierra, fue el mismo Herrán quien le recogió los siguientes objetos: una pistola; una daga; un anillo de brillante, que según se decía había comprado el occiso en la ciudad de México en la suma de \$24,000.00. El sombrero había

sido recogido con anterioridad. En seguida se envió un propio a Casas Grandes con la noticia del rescate del cuerpo y solicitando un automóvil para su conducción. (El general Villa ya no estaba en Casas Grandes: había iniciado la campaña). Como el cadáver estaba en perfecto estado de conservación, había que darle sepultura al lado de Antonio Villa según eran las instrucciones que el general había dado por escrito. Los cohetes de dinamita no le habían causado lesión alguna y estaba como si se acabara de ahogar, después de permanecer seis días con sus noches en el agua.

En Casas Grandes fue puesto a disposición un tren para la conducción y en un coche pullman se colocó el cadáver. Se inició la marcha a Ciudad Juárez, donde debía practicársele la autopsia para determinar la causa de su muerte.

Cerca de Ciudad Jiménez descarriló el tren. Por buena suerte era la hora en que debía pasar el tren pasajero. En efecto, la marcha de éste fue interrumpida y ordenada su desocupación a fin de continuar rápidamente con el cadáver, porque se temía con justa razón, que entrara en descomposición. El jefe de la escolta del pasajero se opuso de pronto, alegando que la suspensión de la marcha en aquel lugar era perjudiciosa para el pasaje: pero donde manda capitán... El señor Herrán, que era portador de una orden escrita del general Villa, se la mostró y... Amén. El milite se torna ahora en actitud luctuosa y pide permiso para descubrir el rostro de su jefe y amigo: luego solicita un cartucho de su cartuchera para conservar un recuerdo de aquél que en vida fue reputado como uno de los jefes más valientes de la División. Todo le fue concedido. Pero en ese cartucho había algo muy raro: la bala estaba carcomida. Fueron a examinar los otros de la carrillera y también estaban carcomidos. Ahora examinan la pistola y tiene la muelle real quebrada. Alguien insinuó que todo aquello podía ser efecto de la dinamita. Pues bien, después de todo esto, en el tren de pasajeros interceptado cerca de Ciudad Jiménez, se reanuda la marcha a Ciudad Juárez.

La bestia hermosa

El general Medinaveytia, jefe del Estado Mayor del general Villa, recibió el cadáver en Ciudad Juárez y ordenó desde luego que se le hiciera la autopsia. El dictámen médico certificó la muerte causada por congestión cerebral. En seguida se preparó lo mejor que se pudo el cadáver y se colocó en su féretro, para iniciar la marcha, vía libre, a la ciudad de Chihuahua, lugar de su destino. Antes de partir, la señora Luz Corral de Villa, esposa del general Francisco Villa, pidió ver el cadáver y estuvo llorando frente a él por algunos instantes.

Cuando el tren llegó a Chihuahua, la guarnición militar de la plaza formaba valla para recibir los restos mortales del jefe y del amigo que durante su vida de militar había compartido con ellos las peripecias de la lucha revolucionaria.

Fue conducido a su casa y ahí se recibió el duelo durante el día y la noche del 20 y al siguiente, esto es, el día 21 de octubre de 1915, fue llevado al templo católico donde se cantó misa por el descanso de su alma, de donde partió el cortejo fúnebre hacia el Panteón Nacional, dándosele sepultura al lado de Antonio Villa, como eran los deseos del general Villa, hermano de aquél.

Y en la fosa 86, Lote 8, de Preferencia, a la temprana edad de 33 años, la hercúlea musculatura de la Bestia hermosa, pagó con su desintegración química el tributo a la Madre Naturaleza.

Tal es la historia de la muerte de Rodolfo Fierro, con la profusión de detalles que me ha sido posible obtener. Así murió la Bestia hermosa, vencida sólo por la inconstatable fuerza de uno de los elementos de la naturaleza: el agua. Y así tenía que ser, porque el destino, que fija término a los seres y a las cosas, así lo había previsto. Las palabras del general Villa pronunciadas en un arranque de dolor y de sinceridad, eran la fiel interpretación de ese destino: "Nadie del mundo pudo quitarle la vida a Fierro y este charco desgraciado se la quitó".

Requiescat in Pace.

Dialecto cahíta:

- (1) Fiesteros.
- (2) Bonita Blanca Flor
yo te estimo,
- (3) Sí, Chiquita, ven acá,
Chiquita bonita;
Qué dices, qué quieres
Que yo te lo puedo dar.

ÍNDICE

Fuentes de información

- I. Testimonios personales de familiares y amigos del extinto, del autor de este libro.
- II. “Memorias de Pancho Villa”, por Martín Luis Guzmán.
- III. “El Aguila y la Serpiente”, por Martín Luis Guzmán.
- IV. Anales Históricos de la Revolución Mexicana, por J. R. Flores.
- V. Biblioteca Pública Municipal de Chihuahua, Chih.

Presentación.....	I
Prólogo.....	III
Fruto de un amorío subrepticio.....	1
Su madre lo abandona quince días después de nacido.....	5
Origen de su nombre.....	9
Breves noticias acerca de su infancia.....	11
En la escuela y la tragedia de un silabario.....	13
Los hijos de la gleba.....	17
Reanuda sus estudios.....	21
En el vaivén tempestuoso de la juventud.....	23
Errando en pos de fortuna.....	29
Hermosillo: tabor y calvario.....	31
El hombre del riel.....	39
En la Revolución.....	43
Es nombrado jefe de guías.....	45
Una hazaña muy útil y valerosa.....	47
La ejecución de “los colorados”.....	53
Un gesto de sincera lealtad.....	57
Un tiro en la cabeza o muerte de William Benton.....	59
El oro del Banco Minero de Chihuahua.....	65
Situación comprometida en la que Villa lo defiende.....	69
Hombre de alta ley.....	71
Un ligero remordimiento y la pavesa de un cigarro.....	75
Sorprende a Diéguez y toma la ciudad de León por telégrafo...	81
La estrella comienza a eclipsarse.....	83
Cómo murió la Bestia hermosa.....	85
Fuentes de información.....	93